



Ángel María Dacarrete

# Poesías

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Ángel María Dacarrete

## Poesías

Poesías religiosas

El Viernes Santo

Jesus dixit: filiae Jerusalem  
nolite flere super me, sed super  
vos ipsus flere, et super filios vestros.  
S. Luc., cap. XXVIII.

I

Doncellas de Israel, hoy vuestros ojos  
sangre deben verter, no basta el llanto;  
sangre que a la que vierten los despojos  
del Dios-hombre se mezcle. ¿Cuál quebranto  
al vuestro igualará? Ayer su acento  
embebeció amoroso vuestro oído,  
dulce más que la voz del sentimiento;  
hoy ya, exhalando su mortal gemido,  
por vez postrera repitiolo el viento.

II

¡Ay! La luz sin igual de su mirada  
ayer os hizo presentir el cielo;  
hoy, en sus mustios ojos apagada  
la busca en vano vuestro triste anhelo.  
Ayer visteis su brazo levantado  
cual iris bienhechor de la esperanza;  
hoy, rotos sus tendones, cruje helado,  
mientras sangre del cárdeno costado  
hace que brote la cobarde lanza.

III

Sobre un campo de muertos, el guerrero  
de su infausto poder haciendo alarde,  
sangriento agita el triunfador acero  
y en ansia nueva de victorias arde;  
su voz funesta cual la voz del trueno

el hombre escucha, y desciñendo el luto,  
bate sus palmas de entusiasmo lleno,  
y al que hierro mortal clavó en su seno  
su capa arroja por marcial tributo.

#### IV

Y a Él que con voz de celestial ternura  
en cada hombre nos legó un hermano;  
a Él que aherrojó con su palabra pura  
entre rotas cadenas al tirano;  
que al que prueba el licor del sufrimiento  
promete horas eternas de alegría,  
que el agua ansiada concedió al sediento,  
que reanimó al enfermo macilento,  
que alzó a los muertos de la tumba fría;

#### V

Que la mujer, cual tierna compañera,  
nos destina en la senda de la vida,  
haciendo suba a superior esfera  
su alma en el fango del placer caída...  
¡A Él! la turba despiadada y loca  
de aguda espina coronó la frente,  
con torpe mano su mejilla toca,  
lo insulta y befa de la cruz pendiente  
y ofrece hiel a su abrasada boca!

#### VI

¡Mísera humanidad! De la amargura  
en las tinieblas tu existencia yace,  
y separas los ojos de la pura  
luz que las sombras en vapor deshace!  
Te sellará con marca maldecida  
esa sangre purísima que brota  
de las venas de Cristo; ¡vil Deicida!  
En noche envuelta el mundo, cada gota  
la recibe la tierra estremecida.

#### VII

Cual la luz del relámpago de Oriente  
hasta Occidente el universo llena,  
sobre la ciega redimida gente  
su mirada postrer brilló serena.  
Pidió al cielo el perdón en su agonía  
de sus verdugos: su cabeza amada  
doblose inerte hacia la tierra fría,  
donde su Madre, el alma traspasada,

inmóvil contemplándole yacía.

### VIII

¡Pobre Madre! En el mundo su tormento  
¿quién podrá comprender?... Enjutos, rojos  
sus párpados se caen; ¡el sufrimiento  
ha agotado la fuente de sus ojos!  
¡Oh mujeres, que hiriendo vuestro oído  
de madre el dulce nombre habéis soñado,  
y el corazón de gozo estremecido  
sentís atentas interior latido  
del hijo aun sin nacer ya idolatrado!

### IX

Que más tarde secáis con vuestra boca  
las lágrimas primeras que derrama,  
que el alma tierna de contento loca  
luego sentís, cuando su labio os llama;  
que al lanzarse en el mar de la existencia,  
viéndoos en él, con orgulloso encanto,  
os embarga el placer de su presencia,  
y si a vosotras lo arrancó la ausencia  
es eterno en sus horas vuestro llanto.

### X

Ni aun a vosotras comprender es dado  
del alma de su Madre la amargura:  
¡fue su Dios el que el sueño regalado  
durmió en sus brazos, de la infancia pura!  
¡Su Hijo y su Dios el que lloró perdido!  
¡Su Hijo y su Dios el que contempla ahora  
cadáver, destrozado, escarnecido!...  
Y su materno pecho conmovido  
de sus verdugos el pecado llora.

### XI

¡Sí, por ellos también!... De todos Madre,  
sus culpas y dolores su alma oprimen,  
su húmeda vista en la región del Padre  
clava pidiendo compasión al crimen,  
ahogándola el pesar, aplacadora  
ofrece ser de las celestes sañas  
que abrumen a la raza pecadora...  
¡Ah! ¡por aquellos resignada implora  
que hundieron el puñal en sus entrañas!

### XII

Al suyo unid, mujeres, vuestro llanto:  
con Ella alzad vuestra oración al cielo,  
porque la ira del Cordero santo  
trueno irritado sobre el triste suelo.  
La dulce voz del tierno Evangelista,  
convertida en la voz de la venganza,  
el día terrible a comprender alcanza  
en que hecho el mundo miserable ariete  
del pecador acabe la esperanza.

### XIII

Nadie huirá de la cólera bendita.  
¡Dichosas las que nunca concibieron,  
las que en estéril soledad marchita  
la casta flor de su hermosura vieron!  
Sus hijos no oirán en aquel día  
la leche maldecir que de los pechos  
de sus madres brotó, ni en la sombría  
mar los verán cadáveres deshechos  
sin escuchar el ¡ay! de su agonía.

### XIV

No habrá calor ni luz: caerán del cielo  
a apagarse en las aguas las estrellas.  
El hombre huirá su hogar, y en sus umbrales  
sentarase la muerte sonriendo;  
unos de otros con pavor huyendo,  
rumor de carcajadas infernales  
oirán, de sus lamentos al estruendo.

### XV

La vida odiando, ni en la muerte abrigo  
podrá encontrar la raza del pecado;  
todos dirán su crimen, y el castigo  
de Dios caerá en la frente del culpado!  
¡Rogad, rogad! los que en el alma pura  
de humildad y fervor sentís la esencia.  
De Adán la infortunada descendencia  
va de la duda entre la sombra impura  
arrastrando su mísera existencia.

### XVI

Rogad, rogad, porque la aciaga hora  
acaso cerca está de llanto eterno,  
en que el hambre y la peste asoladora  
cabalguen los caballos del infierno.  
En que el amigo esconderá su mano,

en que el beso de amor el labio evite,  
en que maldito el hombre, el soberano  
día terrible de ira precipite  
que esconde el tiempo en su insondable arcano.

Sevilla 18 de Abril de 1851.

A Jesús crucificado  
(Imitación de San Juan de la Cruz)

¡Ay, salga triste llanto  
de mis cansados ojos, y un gemido  
emblema del quebranto  
exhale el pecho herido,  
que la vida Jesús por mí ha perdido!

Por mí, Cordero amado,  
por mí, que en el pecado concebido  
y amante del pecado,  
ingrato y desleal heme huido.

¿Y cómo alzar los ojos  
osaré a tu grandeza, si morados  
miro tus labios rojos,  
tus pies atravesados,  
tus cabellos de espinas coronados?

Tu rostro como el lirio  
cárdeno, ¡dulce bien! y tu mirada  
que empaña cruel martirio  
¡ay! por la muerte airada,  
¡caro amor! mi Jesús yace apagada!

Llorad, vírgenes puras,  
que esa sangre divina derramada  
el llanto de amargura  
a el alma enamorada  
arranca de dolores desgarrada.

¡Llorad, los inocentes  
que besáis de una madre el blando seno!  
¡Llorad, viejos dolientes!  
que henchido de veneno  
su brazo armó el mortal contra el Dios bueno.

¡Y llora tú, alma mía,  
que expiró de tu amor la primavera,  
como la tarde fría  
aja la rosa, fiera!  
¡Cual la tórtola gime plañidera!

¡Jesús, bien adorado,  
Jesús, tú mi esperanza y mi consuelo!  
Tu pecho lacerado  
me cure ¡ay Dios! que anhelo  
ser alumbrado con la luz del cielo!

¡Ay! ¡dame la esperanza  
de que podré en un tiempo ser tu amado!  
¡Mayor placer no alcanza  
mi pecho enamorado,  
que verse en tu regazo recostado!

Cádiz, Abril 1846.

El toque de oraciones  
(Meditación)

I

Halla su tumba el sol en Occidente,  
tibia la luna, entre nocturno velo,  
dora las nubes del obscuro cielo  
con su modesta, luz.  
Y el religioso son de la campana  
que el aire rompe, el pueblo reverente  
oye, doblando con fervor la frente  
ante la santa cruz.

II

Del templo del Señor las anchas puertas  
paso dan a la turba silenciosa  
que encamina su planta temblorosa  
al bendecido altar.  
Allí el que sufre, a su pesar, consuelo  
halla, alentado por la fe sublime;  
allí entre llanto el corazón que gime  
eleva su rogar.

III

Quizás un ángel del Señor, querido  
guardián de las almas de este suelo,  
lleva en sus alas de color de cielo  
del hombre la oración.

Hasta el trono de Dios rauda se eleva,  
del templo por las bóvedas cruzando  
a su paso las lágrimas secando  
que arranca la aflicción.

#### IV

El rústico arador que en la llanura  
al tardo buey desunce del arado  
cuando contempla el sol tras el collado  
lentamente morir;  
al escuchar el bronce allá en la torre  
próxima de la ermita solitaria,  
en la tierra postrado, su plegaria  
hace al cielo subir.

#### V

Y la sencilla esposa rodeada  
de su prole purísima, inocente,  
ruega a la vez piadosa y reverente  
por sus hijos a Dios.  
La angelical plegaria del infante  
tierna dirige con materno anhelo,  
y a la región de celestial consuelo  
van unidas las dos.

#### VI

El místico clamor de la campana  
también penetra hasta el doliente lecho  
del que a gozar no alcanzará mañana  
de la aurora luz;  
y los fúnebres ecos que parecen  
del mundo su postrera despedida,  
predican a su espíritu otra vida  
más allá el ataúd.

#### VII

¡El toque de oraciones! ¡Cómo el alma  
inunda en celestial melancolía  
esa vaga, imponente melodía  
que llama a la oración;  
cuando flotantes sombras por doquiera  
se extienden como densos nubarrones  
y un día ya dan fin las ilusiones



del pobre corazón!

VIII

¡Ah! ¿por qué ese sonido misterioso  
que en otras almas el fervor excita,  
al escucharlo con dolor agita  
mi pecho a su pesar?  
¿Por qué al orar, con desconsuelo,  
expira la oración en el labio balbuciente?  
¿Por qué pido a mis ojos llanto ardiente,  
y no puedo llorar?...

IX

Suene otra vez la tétrica campana,  
¡ay, suene, sí! su funeral zumbido  
deja el ánimo mísero su mido  
en tristeza y dolor.  
Pero no cual del mundo la alegría,  
que estúpida le incita y desespera,  
que la campana con su voz severa  
el eco es en la región vacía  
de la voz del Señor!

Sevilla 26 de Octubre de 1848.

Poesías varias  
En Siberia

Quaquam iater adversus

Salva virtutes fama.  
(Tácito.)

I

Sólo contigo y con tu Madre Santa,  
Señor y Jesús mío,  
muevo al acaso la insegura planta  
por el páramo frío.

Cárcel mortal entre nevados cerros  
me dieron los tiranos,  
porque osé quebrantar los viles hierros  
que arrastran mis hermanos.

A ti, postrada la rodilla en tierra,  
se alzó mi alma contrita,  
y el grito di de libertad y guerra  
que espanta al moscovita.

Hoces y arados en el yunque ardiente  
troqué en espada y lanza;  
pero en olas de sangre nuevamente  
se ahogó nuestra esperanza.

## II

¡Ay Polonia infeliz! Sólo veo ahora  
por tus campos desiertos  
cruzar la muchedumbre vencedora  
galopando entre muertos.

Mudo ya el bronce y del feral combate  
el vocerío inmenso,  
aún se oye el trueno del fusil que abate  
al mártir indefenso.

Al pie de los altares el pagano  
a tus hijas agarra,  
las azota con látigo inhumano  
y sus lutos desgarras.

Arrodillado sobre escombros ora  
el anciano doliente,  
y preguntando por sus padres llora  
el niño balbuciente.

¡Ay! que tanto dolor y la aspereza  
de mi destino impío,  
no turben de mi alma la entereza,  
¡no lo quieras, Dios mío!

Firme en tu fe y en el amor ardiente  
de mi patria querida,  
acabe entre estos hielos tristemente  
la miserable vida.

Mas no su amigo el déspota me llame,  
mi cuello unciendo al yugo;  
apriételo más bien con cuerda infame  
a mano del verdugo.

Y antes que manche del perjurio el yerro

mi lengua que te invoca,  
dura tenaza de encendido hierro  
la arranque de mi boca.

Madrid, 1855.  
Impresa en el Florilegio de D. Juan Valera.

Despedida

Divit autem Dominus ad te tu

parces populum meum Israel, etc.

Lib. 2 Regnum, cap. 5, v. 2.

I

Nunca el incienso de mundana pompa  
pudo embriagar mi libre fantasía;  
jamás al eco de guerrera trompa  
uniose el eco de la lira mía.  
Nunca al que en brazos del poder dormido  
pide de vana admiración tributo  
mi canto consagré desvanecido  
por el aplauso, que interior gemido  
ahogué, arrancado por interno luto.

II

Fijé mis ojos en la edad pasada,  
quise en la historia descubrir su suerte,  
y en sus brillantes páginas, manchada  
la hallé con huellas de baldón y muerte!  
Cuando entre nubes de mortal renombre,  
quizás de fuerza superior ejemplo,  
vi de la turba levantarse un hombre;  
después escrito contemplé su nombre  
con llanto y sangre en orgulloso templo.

III

¿Por qué si agora en el poder te veo,  
canto, y mi voz tu dignidad pregona,  
y respetuoso con afán deseo  
una flor añadir a tu corona?  
Mas ¿cómo no ofrecer esta mezquina  
oblación de mi canto a quien el cielo  
por su sagrada voluntad destina  
a gobernar en la región del suelo  
con la palabra del amor divina?

IV

Santo poder que la piedad ordena,  
que trueca el desaliento en esperanza,  
que del siervo quebranta la cadena  
sofocando sus ansias de venganza.  
Que al que en miseria y en pesar se agita,  
enjugando las lágrimas que llora,  
vuelve la paz del corazón bendita:  
que a todos con clemencia protectora  
siempre los golpes del dolor evita.

V

Que en vez de cetro o de temida espada  
báculo humilde a sus vasallos muestra;  
que en vez de sangre ajena, derramada  
se ve su sangre en la mortal palestra!  
Tal lo miramos el funesto día,  
cuando un pueblo rugiendo enloquecido  
blandió de muerte la guadaña impía,  
y del cañón el eco maldecido  
el pacífico hogar estremecía.

VI

Santo Pastor, con maternal gemido,  
acompañando su palabra pura,  
paz gritando, penetra decidido  
del humo espeso entre la noche oscura:  
sobre escombros y cadáveres sin cuento  
muestra la cruz cual fraternal bandera;  
tiñe también su sangre el pavimento,  
y va a mezclarse su oración postrera  
del combatiente al postrimer lamento!

VII

Gran dignidad que a la ambición ajena  
del mando evita el deslumbrante yugo,  
que resigna a la víctima a su pena,  
embotando el puñal de su verdugo.  
Que rompiendo sus lazos con la vida  
consagra a todos con ardiente anhelo  
su fe por el dolor robustecida,  
para el alma que lucha descreída  
la luz pidiendo y la piedad del cielo.

VIII

¡Ah, tú feliz que con misión tan santa  
ves tu virtud y tu saber premiado!  
Torpe mi voz se anuda en la garganta,

mas palpita mi seno entusiasmado.  
Si fiel retrató la palabra mía  
no puede ser de lo que el alma siente,  
tú cuyo labio iluminó mi mente,  
comprende cuán la inflaman este día  
gozo sincero y gratitud ferviente!

## IX

Si tu voz elocuente a otros lugares  
el bálsamo a ofrecer va del consuelo;  
si sagrado deber hoy de tus lares  
quiere arrancarte a venturoso suelo,  
un triste adiós mi seno conmovido  
darte quisiera que a formar no acierto.  
¡Ah! del Señor la bendición te pido  
implores para mí, que voy perdido  
del mar del mundo en el cambio incierto.

Sevilla 14 de Octubre de 1851.

Para el centenario de Cristóbal Colón  
La noche antes...

De alguna estrella el pálido reflejo  
que en las sombras resbala,  
roba a la muda obscuridad apenas  
incierto sombra humana.

Desde un balcón del santo monasterio  
la vista en el mar clava,  
y otra vez como al peso de una idea  
la frente al suelo baja.

Pasa por ella la nerviosa mano,  
cual si la nube aciaga  
de negras dudas y de viles miedos  
desechar intentara.

Mas no teme del viento y de las olas  
a la implacable saña,  
su doble furia el ánimo sereno  
arrostrará, mañana.

Sólo teme el abismo tenebroso  
donde en hora menguada

pudiera dar el desengaño impío  
sepulcro a su esperanza.

Por eso acaso, trémulas las manos  
sobre el pecho cruzadas,  
de la oración el místico murmullo  
entre sus labios vaga.

Y convertida en ignoradas tierras  
juzga entonces la celda solitaria,  
porque su ruego acoge sonriente  
la Virgen de la Rábida.

Madrid, julio 1892.

En el álbum del asilo de Santa Cristina  
Su mano pálida y mustia

tiende a nosotros el pobre,  
algo de lo que nos sobre  
pidiéndonos con angustia.

Y al socorrer cada día  
su desamparo y su pena,  
¿quién no siente el alma llena  
de silenciosa alegría?

De gozar tal emoción,  
que nuestro ser ennoblece,  
esta casa nos ofrece  
hoy la feliz ocasión.

Que aquí cristiana piedad  
acoge consoladora  
la vejez abrumadora,  
la solitaria orfandad,

y aun el tormento mayor  
de quien vigoroso y sano  
demanda trabajo en vano  
con reprimido furor.

Venid, pues, los que por suerte  
ignoráis el cruel afán  
del que sin techo y sin pan  
pide descanso a la muerte.

A remediar tanto duelo  
venid, ¡y habréis conseguido  
el amor del desvalido  
y la bendición del cielo!

En un álbum

María, cuando pises del Báltico la orilla,  
si vuelves hacia España tus ojos con temor,  
las horas recordando, perdidas para siempre,  
en que el paterno beso tu frente acarició;

Si turba tu mirada de lágrimas un velo  
y acaso murmurando tu labio una oración,  
tan sólo en esta tierra donde osciló tu cuna  
la losa de un sepulcro descubre tu dolor;

Recuerda que aquí mismo con pura simpatía  
alguna mano amiga tus manos estrechó;  
y de tu triste padre guardando la memoria  
la de tu patria ausente recuerda con amor.

Madrid, 1881.

En la tarjeta postal de la fiesta de caridad de Cádiz

De las azules ondas surgió en lejanos días,  
brindando su hermosura fugaces alegrías  
la diosa del amor.

De las azules ondas hoy surge otra belleza,  
que en gozo inunda el alma, brindando su pureza  
consuelos al dolor.

Si de las griegas costas, las verdes arboledas  
conservan aún el eco de las canciones ledas  
de ardiente juventud,

La roca gaditana conservará en sus senos  
los ayes del que sufre, de bendiciones llenos  
y tierna gratitud.

Cádiz, 1906.

En el álbum de S. A. R. La Srma. Infanta D.<sup>a</sup> Paz de Borbón  
Con motivo de su enlace

Pronto la mar y la encumbrada sierra  
te apartarán, señora,  
de esta que juzgo venturosa tierra  
al poseerte ahora.

Quiera Dios que en la patria que te brindan  
deber y amor unidos  
a tu virtud los ánimos se rindan  
como aquí están rendidos.

A embellecer el extranjero suelo  
te lleva la fortuna;  
no te olvides en él del puro cielo  
que cobijó tu cuna.

En un álbum

Como la diosa del amor nacida  
del mar azul entre la blanca espuma  
envuelta en manto de aromosas flores  
sobre las ondas se adormece Cuba;

Allí a la luz de transparente cielo  
la palma alegre sombreó tu cuna,  
y hoy reflejan sus ramas tristemente  
charcos de sangre que el incendio alumbra.

¡Ay! cuando ahora ruborosa inclines  
tu frente, del amor a la coyunda,  
y al recibir la bendición sagrada  
dicha imploras llorando de ternura;

Pide también a Dios que pronto aleje  
de ingratos pechos la ambición ilusa,  
y llore en brazos de su madre España  
el dulce llanto del consuelo, Cuba.

Madrid.

En una tarjeta postal  
A Sevilla

Como entre las densas nubes  
que el sol moribundo baña,  
imagina el navegante  
ver la costa abandonada,  
verte imagino, Sevilla,  
¡siempre hermosa, siempre amada!



a la luz de los recuerdos  
en la noche de mi alma.

Madrid, Agosto 1902.

En un abanico

Al pie de los montes, besando sus flores  
hoy gimen las olas,  
acaso mañana, sus cimas asalten  
rugiendo espumosas.  
Así las corrientes del mar de la vida  
alteran las horas;  
¡Dios quiera que nunca sus fieras borrascas  
tú, Carmen, conozcas!

San Sebastián, Septiembre 1883.

En un álbum

A Delfina, a María, a Josefina...

Cuando en tu boca rosada  
clavando tu madre un beso,  
de tus párpados el peso  
roba todo a tu mirada.

Y calla todo ruido  
y doblas tu blanca frente  
y una sonrisa inocente  
vaga en tu rostro dormido.

¿No te parece escuchar  
voz tan dulce, tan suave,  
que no hay en los cielos ave,  
que la consiga imitar?

¿No crees ver un jardín lleno  
de flores, pájaros, fuentes?  
¿Unas alitas no sientes  
rozar blandas con tu seno?

Ángela, Andrés, Agustina,  
son ángeles que del cielo  
cuanto sucede en el suelo

ven con sonrisa divina!

Aunque lejos te parecen,  
a tu lado siempre atentos,  
si eres buena, están contentos  
y cuando no se entristecen.

Tú que con pena y amor  
les viste a los cielos ir,  
¡hazlos siempre sonreír!  
¡nunca les causes dolor!

Soneto

Muerto está el corazón: ¡ni aun el suspiro  
exhala del dolor! Mustio, cansado,  
enmudece el laúd, desesperado  
fastidio y soledad do quiera miro.

No con sueños poéticos deliro;  
no suspira mi pecho enamorado,  
¡quisiera descansar! sí, que abrumado  
me siento por el aire que respiro.

Ya no puedo cantar, ¡adiós, mi lira!  
tú que de mis ensueños y dolores  
el eco fuiste, queda abandonada!

Si pronto el plazo de mi ser expira,  
tus vibraciones de pesar y amores  
repite en torno de mi tumba helada.

Sevilla, Mayo 1849.

En la muerte de Lincoln

No sobre el campo del honor caído  
ni de banderas bélicas cubierto,  
dejó a ese cuerpo ensangrentado y yerto  
su espíritu inmortal nunca rendido.

Del lauro ya del vencedor ceñido  
la ambición y el rencor en vil concierto,  
con golpe aleve le postraron muerto,  
la desgracia infamando del vencido.

Mas la mano del bárbaro homicida,  
nuevo triunfo a los triunfos eslabona  
con que ilustró su generosa vida.

¡Que llora el mundo su fatal partida,

y brilla más que la imperial corona  
la noble sangre de su frente herida!

Impresa en el Florilegio de D. Juan Valera.

Al año 1855

Soneto

Atrás te deja el tiempo en su carrera,  
del olvido a la tumba te avecinas,  
y cargado de muerte y de ruinas  
la misteriosa eternidad te espera.

Un año nuevo con sonrisa fiera  
alza la frente cuando tú la inclinas,  
y cual tú de esperanzas peregrinas  
fecundiza del hombre la quimera.

¡Un año más en el que sangre y llanto  
verterá persiguiendo a la ventura!  
¡Un año más que pasará muy pronto!

Y en el que yo que filosofo tanto  
es posible que siga en la locura  
de estar enamorado como un tonto.

31 Diciembre.

A una señora al recibir una pintura de su mano que representa el sepulcro de Virgilio  
Magia fue de tu voz, bella Condesa,  
que imaginase respirar mi pecho  
las armoniosas auras que acarician  
los pinos de Sorrento.

Magia fue de tu voz; de ella pendiente  
vi, de la luna al pálido reflejo,  
bajo el puente fatal de los suspiros  
remar al gondolero.

Un hombre vi por solitarias plazas  
triste vagando, y murmuraba el eco:  
¡no, no hay dolor cual recordar la dicha  
en miserable tiempo!

Desgarrando el sudario de los siglos,  
de hervida lava la prisión rompiendo,  
crucé desiertas y olvidadas calles,  
vi palacios y templos.

Del Circo vi la ensangrentada arena,  
los perfumados baños, y los juegos  
y alegres danzas en que Amor ceñía  
las rosas de Lio.

Hoy no es la magia de tu voz: tu mano  
lleva mi alma, por encanto nuevo,  
a contemplar, devoto peregrino  
de Posílipo el cerro.

Allí, en la tumba del gentil poeta,  
de su canto renace en mí el recuerdo,  
y con él, de ilusiones que volaron,  
purísimo reflejo!

¿Cómo así logra reanimar la magia  
de tu mano y tu voz lo que ya ha muerto?  
Mas ¿qué no lograrás, bella Condesa,  
con tu gracia y tu ingenio?

Al Sr. D. Alberto Lista

Lo que puedo te doy, y lo que he

dado

con recibillo tú, yo me enriquezco.

Garcilaso, Égloga 3.<sup>a</sup>

Vuela del Betis a la hermosa orilla

mustio dejando el suelo gaditano,  
vuela, rasgando la cortante quilla  
la dilatada espalda de Oceano:

Y al contemplar las cristalinas fuentes  
que la ribera bética amenizan,  
mira pasar las rápidas corrientes  
que en la arenosa playa se deslizan.

Torna los ojos, las verás bramando  
en el profundo piélago lanzarse,  
y con el fiero Noto reluchando  
en los muros de Gades estrellarse.

Gades, sí, Gades, la ciudad hermosa  
que hoy afligida tu partida siente,

y entristecida con la faz llorosa  
sólo un recuerdo implora de tu mente:

Dulce recuerdo que alegrando el alma,  
blandamente halagüeño nos sonría,  
y que devuelva la perdida calma  
a la ardiente, alterada fantasía.

Que no te olvidan, no, los que amoroso  
les mostraste la senda del saber,  
y de la ciencia el faro luminoso  
Atla billante les hiciste ver.

En imitarte cifran su ventura,  
y tan sólo pretenden alcanzar  
que algún destello de tu antorcha pura  
venga un día sus mentes a alumbrar.

De ellos te acuerda cuando vida nueva  
des con tu ciencia al mísero mortal,  
mientras el alma su cantar eleva  
del Creador a la esfera celestial,

Y ruega ansiosa que tu vida amada  
se digne largamente conservar,  
en tanto que la fama entusiasmada  
se prepara tu nombre a eternizar.

9 de Mayo de 1844.

En la muerte de la célebre artista Doña Josefa Valero

Antes que oculte la funesta losa  
ese caro cadáver, un momento  
permitid que a su vista dolorosa  
dígale adiós, mi amargo sentimiento.

Sí; como yo también todos de llanto  
sentís el noble corazón henchido;  
a todos de su acento hirió el encanto  
¡ay! todos para siempre la han perdido.

.....

¿A quién encierra ese ataúd estrecho?  
¡Ya no es ella! ¡sus ojos sin mirada!  
¡del muerto corazón tumba es su pecho!  
¡yerta la voz en su garganta helada!

¡Y hace poco vibrando seductora  
arrastraba las almas; y esplendente  
ha poco vimos en felice hora  
la luz del genio en su modesta frente!

¡Ya todo se acabó! sordo su oído  
está de los aplausos al arrullo;

¡ni aun del rezo sentir puede perdido  
entre fúnebres ecos el murmullo!

¡Ya todo se acabó! Joven y hermosa  
la asió la muerte en sus fatales brazos,  
cual madre tierna, como casta esposa,  
aquí dejó del corazón pedazos.

También dejaba como artista un mundo,  
sueños en él abandonó de gloria;  
él hoy la llora con dolor profundo,  
él levanta un laurel a su memoria.

Y a este tributo, a la oración, al llanto  
¡inmóvil yace en espantable calma!  
¡Ay! ¿dónde fue del sentimiento santo  
el noble fuego? ¡A la región del alma!

Sí; yo escucho una voz que nos lo grita:  
no todo acaba aquí, ya en la presencia  
de Dios, grande su espíritu se agita,  
y el misterio alcanzó de la existencia.

Con desdén compasivo ya del suelo  
verá las glorias y el renombre vano...  
si ángel nos mira desde el alto cielo,  
a ella se eleve el corazón cristiano.

Sevilla 12 de Marzo de 1851.

A la muerte del poeta Arolas

Requiescat in pace. Amen.

Cruza velado por flotantes nubes

el astro de la noche su carrera,  
y trémula en un mármol reverbera  
su misteriosa luz;  
un sepulcro es reciente; aun removida  
no da la tierra funerarias flores,  
sólo alumbran los pálidos fulgores  
una bendita cruz:

Símbolo de dolor y de esperanza  
ella declara que en descanso inerte  
allí reposa un ser, y por su suerte  
demanda una oración;  
el que, hincando en el polvo la rodilla,  
por ella implora con piedad ferviente,  
de pura gratitud un eco siente  
herir su corazón.

Remeda el mar los cantos funerales  
estrellando sus olas en la piedra,  
salpicando tal vez la obscura yedra  
que reviste el ciprés;  
el cimbrando su fúnebre penacho  
por cima los sepulcros entreabiertos,  
de la ciudad ahuyenta de los muertos  
los mundanales pies.

¿Qué se encierra debajo aquesa losa?  
un cuerpo que abrigaba un alma inquieta,  
él era un genio ayer, era un poeta;  
¡hoy es polvo no más!  
Un rayo vio de inspiración divina  
el hombre relucir sobre su frente,  
sobre ella el gusano hoy lentamente  
su cuerpo arrastrará.

¡Y está sólo el sepulcro! acaso un ave  
hasta él conduce su volar perdido,  
lo saluda al pasar con un gemido  
y sigue con ardor;  
del dudoso crepúsculo las brisas  
lo acarician también con blando arrullo  
mientras el Turia en su lánguido murmullo  
le prueba su dolor.

Mas ni una voz del funerario hueco  
contesta, ni demanda ni un tributo;  
aterrador silencio aumenta el luto  
de tan triste lugar!  
Ni una señal que indique al pensamiento  
cuál será de su espíritu la suerte.  
¡Qué de la llama fue, que ni a la muerte  
le es dado sofocar?

¡Silencio! ¡en el misterio de las tumbas  
la eternidad esconde su destino!  
húndete pensamiento en el mezquino  
lugar de corrupción.  
Tus atrevidas alas impotentes  
al alzarse aumentaron tu caída,  
confúndete, ya está desvanecida  
tu orgullosa ilusión.

Quiera un descanso a su afanosa vida  
haber piadoso concedido el cielo,

y trocado sus horas de desvelo  
en horas de quietud!  
Su alma arrebatada del delirio,  
su corazón prensado de tristeza...  
¡Cuánto posar ansiara su cabeza  
sobre el negro ataúd!

En él está la paz; allí cerrado  
al mundano rumor duerme el oído;  
no se siente el fastidio maldecido  
que acompaña al placer;  
no hay lágrimas ni risas, no; la mente  
claro su porvenir a ver alcanza,  
no flota entre la duda y la esperanza  
condenada a creer.

¡Ah, no lloréis por él! nada ha perdido!  
fue un arpa; con sus dulces vibraciones  
arrobó de placer mil corazones...  
el arpa se rompió:  
mas al saltar sus cuerdas, respetoso  
el aire, embebecido en su armonía,  
las notas de su vaga melodía  
en sus alas guardó!

Recogedlas, guardad esas canciones  
ecos tal vez del corazón doliente,  
tal vez hermosos sueños del Oriente,  
que nos hablan de amor;  
del corcel galopando entre la arena,  
de la sangrienta lanza del guerrero,  
del amoroso canto lastimero  
del viejo trovador.

¡Guardadlas sin llorar! ¿qué le esperaba?  
¿más laureles ceñir a su cabeza?  
su sombra que hermosea, da tristeza,  
sus hojas muerte dan.  
Deslumbra con su brillo una corona.  
¡Bella mentira que adornando mata!  
Su tronco envenenó la turba ingrata  
con envidioso afán.

¡Duerme, Arolas en paz, duerme y perdona  
al que atrevido en tu sepulcro canta!  
ahogar la voz quisiera en mi garganta  
que el mármol profanó.



Porque el labio mundano callar debe  
en el alcázar de las tumbas santo;  
mas no altera tu paz mi débil canto...  
¡ya el viento lo llevó!

Sevilla, Enero de 1850.

El canto del labrador

I

Ya suena la campana del cortijo  
llamando a descansar; en los rastrojos  
canta la alondra, entre celajes rojos  
su luz oculta el sol.

Cesa el trabajo, hacia el caliente establo  
camina el buey con paso perezoso,  
mientras el ganado agrúpase medroso  
en torno del pastor.

II

Vamos a descansar; pero el silencio  
sublime que el crepúsculo derrama,  
la oración interrumpa que reclama  
la Madre de Jesús.

Sí; descubierta la sudosa frente,  
las rodillas en tierra, nuestro acento  
suba a ella, que el pobre pensamiento  
bañará con su luz.

III

Ella, Madre amorosa, nuestros pasos  
irá guiando por la angosta senda,  
hasta el umbral donde la dulce prenda  
de nuestro casto amor  
esperará anhelante que lleguemos  
de nuestros hijos con afán cercada:  
ya la frugal comida preparada  
del hogar al calor.

IV

Es el moreno pan a nuestra boca  
rico manjar porque el Señor lo envía;  
de los niños la cándida alegría  
nos llena de placer.

Y las caricias de la tierna esposa  
que nuevo ser de nuestro ser recibe...

goces que el hombre que en el mundo vive  
no puede comprender.

V

Consérvame, Señor, mi humilde lecho  
donde encuentran mis miembros el reposo,  
donde recibo el beso pudoroso  
que bendijiste tú.

Donde en los brazos de tranquilo sueño  
serena se adormece el alma mía,  
hasta que llama a mi ventana el día  
con su rosada luz.

La casa del Campillo

[Nota]

Fatale exitium corde durato feram

Donec fortunam criminis pudeat sui.  
Fedro.

.....

.....  
Hora tras hora, que el dolor alarga,  
miro pasar bajo mi angosto techo,  
treguas pidiendo a mi fortuna amarga.

¡Sin pan las prendas de mi amante pecho!  
¡Del hambre por la sorda mordedura  
yo vencido también a mi despecho!

En vano en el papel fijo insegura  
mi mano por el frío entumecida;  
que más la mente que la noche, oscura,

ni una chispa, del cielo bendecida,  
produce que liberte al pensamiento  
de la angustiosa cárcel de mi vida.

En infecunda postración lo siento,  
por ásperas verdades amarrado,  
agriar con la memoria mi tormento.

Ella el tiempo revive en que alentado  
a toda noble empresa, juzgué loco  
que dicha y glorias me guardaba el hado.

Por ella el día perdurable toco,  
cuando a salvar a Europa apercebida,  
inflama España de la guerra el foco:

El humo de la pólvora encendida  
robaba al aire su lugar; sus olas  
bañó en sangre la mar, enmudecida

de respeto a las armas españolas,  
y allí, con sangre de mi noble herida  
yo esmalté sus triunfantes banderolas...

También la hora de zozobra llena,  
renueva, en que pensaba en mortal hierro  
convertir del cautivo la cadena;

Muy más atento que a romper mi encierro,  
a clavar por mi rey la cruz divina  
de la africana costa sobre el cerro.

El torpe miedo y la traición mezquina  
truecan en aire y bárbaro castigo  
la ilusión de mi hazaña peregrina;

Y yo la vida rescatar consigo  
porque el hacha apartó de mi cabeza  
secreto amor que morirá conmigo...

¡Ay! ¿Cuál el premio fue de la nobleza  
conque una y otra vez busqué la muerte,  
de mi patria y mi fe por la grandeza?

¡Grosero olvido y menosprecio advierte  
siempre y doquier mi espíritu cansado,  
a quien se afana por rendir la suerte!

Mas no será: si el lauro codiciado  
a mi valor se niega, no abatido  
la frente doblaré, sí resignado.

.....  
.....

Ya de la aurora el rayo apetecido  
al cielo vuelve su color, e inflama  
con nueva vida al mundo adormecido.

Como su hermosa y apacible llama,

de las tinieblas vencedora, vierte  
luz y alegría en cuanto vive y ama,

rompiendo así las sombras de la muerte,  
quizá en un tiempo la memoria mía  
vengará los agravios de la suerte...

¡Si ya se acerca el suspirado día,  
de mis lloradas culpas el delirio  
quiera Dios perdonar en mi agonía  
y pagar con su amor tanto martirio!

### El Romancero de la Guerra de África Romance XV

Bombardea la escuadra los puertos de la Ría

Tarde y perezosamente

rasga las sombras espesas  
de la noche el turbio sol,  
que el soplo de Enero hiela;  
mas de la africana costa  
entre lo obscuro clarean  
ya los peñascos cerros  
que esclavas las olas besan.  
Entre impaciente y dudoso,  
el alma en los ojos puesta,  
el marinero español  
los descubre entre la niebla.  
Al verlos redobla inquieto  
su entusiasmo en la faena;  
y cuando el fulgor del alba  
pudoroso luce apenas,  
ya bañándose en espuma  
la volteadora paleta,  
ya horadando el agua el hélice,  
ya henchida la blanca vela,  
a combatir aprestada,  
el mar que surca hermosea  
la noble escuadra española,  
que a todo trapo navega.

¡Qué gozo brilla en los ojos,  
qué afán el ánimo alienta  
del marino, ya en sus manos

viendo encendida la mecha!  
Por santa envidia mil veces  
combatida su alma inquieta,  
vencer y morir con gloria  
vio a sus hermanos en tierra.

¡Qué bien del noble Bustillos  
hoy la voz se lo recuerda!  
«¡Allí las huestes del moro  
segaron sus bayonetas!  
¡Allí vertieron su sangre  
por la Patria y por la Reina!  
¡Que por la Reina y la Patria  
hoy se derrame la nuestra!»

Sacude el viento las jarcias,  
la ola el costado golpea,  
se escapa el vapor rugiendo,  
cruje la nave, y se mezclan  
al pito y a la bocina  
voces que el viento se lleva,  
formando un rumor confuso,  
imponente, que se eleva  
ya como oración grandiosa,  
ya como clamor de guerra.

En la boca de la ría,  
de la línea a la cabeza,  
la capitana del fuerte  
a los huecos bronces reta.  
En vano llama al combate;  
el preñado cañón truena  
sobre la oscilante tabla,  
lanza el estrago, y deshecha  
la nube de humo, impasibles,  
mostrando entre las almenas  
apagados los cañones,  
a los fuertes se contempla.  
Como gigantes cadáveres  
yacen en la orilla; prueba  
nuestra gente una vez... otra  
a despertarlos... ¡Empresa  
inútil! a nuestras balas  
ninguna bala contesta.

Quien del ansiado combate  
ve la esperanza deshecha,

«¿por qué no tiene valor?»  
dice, abatida la diestra.  
«¿Sólo con la mar y el viento  
mi lucha ha de ser eterna?  
Si Dios lo quiere, si así  
sólo en holocausto acepta  
nuestras vidas por España,  
¡oh! ¡que de nuevo por ella  
arroje el agua insepultos  
nuestros cuerpos a la arena!»

Y así diciendo, a las lanchas  
la gente se arroja, rema,  
corta el bote de la ría  
la virgen corriente; llegan  
al fuerte, escalan el muro,  
en su recinto penetran,  
y en vez de ronca amenaza,  
en vez de triste querella  
suplicante, sólo hiere  
su sentido la voz hueca  
del eco, que temeroso  
zumba en las cuadras desiertas.  
La soledad y el espanto  
allí cual señores reinan,  
borrando del fugitivo  
las mal estampadas huellas;  
y en las mudas baterías  
desplegada al aire ondea  
sobre el africano muro  
del español la bandera.

¿Por qué alegre vocerío  
del Norte a la parte suena?  
¿Quién de la playa a las rocas  
con planta impaciente trepa?  
Ya los rápidos transportes,  
ya la escampavía ligera,  
una y otra vez remolcan  
cargadas lanchas a tierra;  
y al pisarlas los que vienen,  
a España la vista vuelta,  
con una triste sonrisa  
la saludan y se alejan.

Tal vez al paso que el aire  
la marcial música llena,

va un sofocado suspiro  
volando a la orilla opuesta;  
tal vez la mano que pronto  
rayo será en la pelea,  
entre airada y temblorosa  
húmedos ojos restriega;  
tal vez de una voz querida  
el viento imita la queja;  
tal vez al paso se oponen  
fantasmas calenturientas:  
el tierno niño llorando,  
que las rodillas aprieta  
del padre; la casta esposa  
que sin respirar le alienta;  
la madre que por vez última  
bendice al hijo y le besa;  
la amante virgen que a solas  
con lágrimas por él reza.

Pero al descubrir al lejos  
en los picos de la sierra  
de las mal enjutas armas  
el brillo, al mirar de cerca  
los atezados semblantes,  
que largas barbas sombrean,  
y los honrosos girones  
del poncho, que mal recelan  
de la bala y la gumía  
las ensangrentadas huellas,  
el bravo general Ríos  
clama a los suyos: «¡Que sean  
para ellos estos recuerdos  
que nuestros almas penetran,  
aliento que los anime,  
oración que los defienda!  
¡Sus! como a ellos, soldados,  
pensemos que nos esperan  
aquí el deber y la honra:  
¡Allá por nosotros ruegan!  
¡Sus! ¡Al combate!-¡Al combate!  
Estremecida la sierra  
repite, y los batallones  
marchan alegres con nueva  
sangre a ennoblecer el suelo  
que bajo las plantas tiembla.

Ocupados ya los fuertes,

se oyen rechinar las cuerdas  
y dan crujidos las cabrias  
que a los morteros sustentan.

El temido tren de sitio  
baja formidable a tierra  
y en formas mil la victoria  
y la muerte en él se encierran.  
Ya los salvadores puentes  
todo recelo desechan  
de que estorbar nuestro paso  
ningún obstáculo puedan.  
Ya del hendido cañón  
la angulosa boca muestra  
hambre de despedazar  
las enemigas trincheras.  
Ya el serpenteante cohete,  
parece que ansioso espera  
la chispa para volar,  
dispersando la agarena  
masa de negros jinetes,  
como huracán hojas secas.

¡Ah, Tetuán infelice!  
que verás pronto contempla  
amenazantes reductos  
brotar en tu verde vega;  
cual trailla de lebreles,  
que al cohibido tigre cerca,  
irán cercando tus muros  
hasta abrazarse a tus piedras.  
Pronto de inflamados globos  
serán tus mezquitas presa,  
montón de escombros tus casas,  
y tu laguna sangrienta!  
¡Ah, Tetuán infelice!  
No opongas loca defensa  
contra la mano de Dios  
que tus errores condena.  
Luz de verdad para el alma,  
condición que te ennoblezca,  
los que enemigos juzgaste  
hoy, pobre ciudad, te llevan.  
¿Por qué, por quién de tus hijos  
hoy tantos muerden la tierra?...  
No tiene patria el esclavo;  
no adora en Dios quien la afrenta.



A una fuente

I

Resbalando entre arenales

¡pobre fuente!  
vas, tus puros cristales  
nunca riza suavemente  
aura dulce embalsamada  
con la aroma de las flores,  
que tu orilla abandonada  
no sonríe matizada  
con sus v idos colores.

II

Mustia yerba sólo crece  
también triste.  
Sobre ti el llorón se mece  
y de sombra el margen viste,  
y la tórtola quejosa  
acompaña tu murmullo  
con su c ntiga llorosa,  
a algún ave más dichosa  
alejando con su arrullo.

III

¡Ah! ¡Sin flores y sin aves  
que su pluma  
sumerjan en los suaves  
blancos copos de tu espuma!  
¡Oh fuente, siempre has de estar  
en este desierto sola!  
¿Por qué llegaste a brotar?  
para ir al Pi lago a hallar  
un sepulcro en cada ola?

IV

Pero no, cuando cansado  
el caminante,  
arr strase fatigado,  
tardo el paso y vacilante;  
cuando oprimido su seno,  
el calor, ronco maldice,  
si ve tu raudal sereno,  
¡de cuánta delicia lleno  
su corazón te bendice!

V

El árido labio aplica  
a tu corriente,  
su seco ardor dulcifica  
y respira libremente;  
en tu orilla recostado  
su frente tostada moja,  
y en tu frescura embriagado  
su cuerpo débil, postrado,  
en brazos del sueño arroja.

VI

¡Cuán benéfica es tu vida  
silenciosa!  
Fuente entre arenas perdida,  
tan humilde como hermosa.  
¡Cómo el claro azul del cielo  
refleja tu linfa pura!  
¡Cómo resbalas obscura  
dulce raudal de consuelo  
escondido en la llanura!

VII

¡Cuán dichosas emociones  
a mi alma,  
que contristan las pasiones,  
dan tu amor, tristeza y calma!  
Deja en tu orilla me siente,  
y de recuerdos fatales  
abrumado tristemente,  
con una lágrima aumente  
tus purísimos raudales.

Sevilla, 6 Enero 1851.

Alcalá de Guadaira

I

El sol no lanza sus rayos

que cenicienta lo cubre  
espesa niebla, que el viento  
hace en bellones se agrupe.

Rozando en la seca arena  
las veloces ruedas crujen  
y la campiña y los bosques

de mi vista ansiosa huyen.

Tal vez las blancas paredes  
de una casa se descubren  
que en la arboleda internada  
los ramajes la confunden.

De la tosca chimenea  
el humo hasta el cielo sube,  
que al remontarse en la atmósfera  
del aura el soplo desune.

¡Aventurado recinto!  
¡Cuán feliz el que se oculte  
en él, evitando el mundo  
que la existencia consume!

Allí no verá temblando  
quedar el crimen impune,  
ni la inocencia ultrajada  
llorar su perdido lustre.

Allí no verá al mendigo  
que sucios harapos cubren,  
pedir pan en su miseria  
sin encontrar quien le escuche.

Allí verá cuando el sol  
va derramando sus luces,  
de su Dios la omnipotencia  
que doquiera se descubre.

Horas de dicha le esperan,  
sin que jamás la perturben  
desengaños ni ilusiones  
que el corazón de hiel nutren.

Verá las flores abrirse  
que aroma grato difunden,  
mientras los tallos movidos  
por los céfiros ondulen.

Y cuando canoras aves  
se remontan a las nubes  
esparciendo suaves trinos  
por los espacios azules,

él su canto alzará a Dios,  
escuchando sólo, dulce,  
el balido de la oveja  
que a sus cantares se une.

Mas en la alzada colina  
la antigua Alcalá descubre  
los macizos murallones  
de su castillo; al empuje

de los destructores siglos  
resistieron, y aún hoy lucen

sus torres de árabe almena  
que asombro al ánimo infunden.

Del cerro en la verde cresta  
altivo se ostenta, y ruje  
el viento en el hueco espacio  
de sus aposentos fúnebres.

Sólo en la cima del monte  
a sus pies sonoros bullen  
los cristales del Guadaira  
que mil molinos circuyen,  
sembrados en la pendiente,  
pintándose en las azules  
aguas del río, que sereno  
surcado de rosas fluye.

## II

El castillo. Al mirar sus torreones  
por la mano del tiempo ennegrecidos,  
al contemplar sus gruesos murallones  
a trechos en el polvo confundidos:

Sus anchos patios al mirar desiertos  
por do cruza algún ave solitaria,  
al ver sus calabozos descubiertos  
pavorosos cual losa funeraria.

Allí labrados en la tierra obscura  
donde acaso el cristiano entre cadenas  
las horas arrastró de su clausura,  
¡horas de luto y de esperanza llenas!

Al ver sus escaleras carcomidas  
que agora huella mi profana planta,  
sus bóvedas, do se oyen repetidas  
las dulces notas del pastor que canta:

Desnudo contemplar del centinela  
el cubo defensor de la muralla  
de do acechaba en cautelosa vela  
al valiente enemigo en la batalla:

Los arabescos al mirar gentiles  
con el húmedo musgo entrelazados  
por la baba tal vez de los reptiles  
sus brillantes colores empañados.

Y el torreón aislado, do la mora  
saludó con su canto la mañana,  
su cabeza asomando encantadora  
por el hueco alfeizar de la ventana:

Verlo roto, de cuervos la manida  
que hallan su nido entre la tosca piedra  
por la mano del tiempo revestida

con verdes ramos de rastrera yedra.

Extraña conmoción el alma siente  
tanto estrago al mirar, tanta ruina,  
tanto recuerdo del poder luciente  
que a otro tiempo de gloria me avecina.

Ver me figuro acaso de la luna  
a la lumbre fantástica y serena  
en su alquicel envuelto a la moruna  
al soldado apoyándose en la almena.

Brilla su lanza por la luz herida  
y se agita con trémulos reflejos,  
cuando observa con faz descolorida  
los cristianos que avanzan a lo lejos.

Los bravos adalides castellanos  
cabalgando sus potros andaluces,  
el duro hierro en las nervudas manos,  
ciñendo el pecho las triunfantes cruces;

Latiendo sus guerreros corazones  
bajo la malla que su seno abruma,  
sujetan el furor de sus bridones  
que mojan el pretal de blanca espuma.

Grita el soldado con cobarde anhelo  
¡al arma! retumbando en el castillo  
su grito aterrador, y caen al suelo,  
las pesadas cadenas del rastrillo;

Paso presta a los árabes guerreros  
que llenos de coraje y valentía  
pueblan con gritos de venganza fieros  
las mudas sombras de la noche fría.

De la yegua el ijar hiere la espuela  
y el jinete observando al enemigo,  
hacia la muerte o la victoria vuela  
invocando al Profeta por testigo.

Y se encuentran. Los ecos de la sierra  
repiten el clamer de la batalla...  
tal vez en medio de estruendosa guerra  
todo en silencio pavoroso calla:

Sólo se escucha el golpe repetido  
del acero que embota la armadura;  
o el acento de muerte dolorido  
del que encuentra entre flores sepultura.

El caballo cadáveres hollando,  
fuego arrojando su nariz relincha,  
bufa herido y feroz carbeteando  
salta en pedazos la apretada cincha:

Y el mísero jinete derribado,  
moribundo, recuerda tristemente

a la madre, a la esposa, al adorado  
hijo, que deja en orfandad doliente!

Quizás elevan su oración al cielo  
mientras la muerte arrebatarle mira,  
pero muere feliz, tendrán consuelo  
¡que por su Dios y por su patria expira!...

Sigue el combate destructor en tanto,  
mas al brillar el sol, nuncio de gloria,  
huye el moro vencido con espanto,  
coronando al cristiano la victoria.

### III

¡Ah! Pronto la fantasía  
cae de su vuelo perdido,  
y sólo ve  
del tiempo la furia impía,  
tristes restos que atrevido  
huella el pie.

Esqueleto gigantesco  
de pujante fortaleza  
que cayó,  
¿por qué al mirarte enloquezco  
recordando tu grandeza  
que pasó?

¿Por qué mis ilusos ojos  
piensan con locas ficciones  
ir hallando  
en tus míseros despojos  
hermosuras, campeones  
batallando?

¡Si miran después ruinas  
silenciosas e imponente  
soledad,  
si sus creaciones divinas  
destruye la indiferente  
realidad!

¡Ah! También quizás un día  
las edades venideras  
podrán ver  
convertirse en nada fría  
las moradas altaneras  
del poder.

¡Alcázares relumbrantes  
en el polvo sepultados  
se verán!

Huye lejos de mi vista  
recinto de la amargura

y desconsuelo;  
que tu aspecto me contrista  
y quiero entre la espesura  
hallar consuelo.

Aquí donde clara fuente  
por los chopos resguardada  
del calor,  
va regando dulcemente  
con música regalada  
a la flor.

Aquí donde se respira  
de los nardos el aroma  
y del clavel,  
do la tórtola suspira  
y por las ramas se asoma  
del laurel.

Donde el jazmín y la rosa  
crecen al par del tomillo  
y del cantueso;  
donde la adelfa olorosa  
encorva el junco amarillo  
con su peso.

¡Cuán grata melancolía  
pacífica inunda el alma  
recordando  
las horas en que veía  
ir su vida en pura calma  
deslizándose.

Horas en que el casto beso  
de una madre consolaba  
su aflicción,  
o las que en amante exceso  
en el mundo hallar pensaba  
un corazón.

#### IV

¡Riberas del Guadaira, sombrías alamedas  
de fresnos y de sauces que el agua circundáis,  
que de las blandas auras que os acarician ledas  
las alas bullidoras graciosas perfumáis!

Dejadme que penetre bajo el obscuro techo  
que vuestros ramos forman en caprichosa unión,  
y no extrañéis que acaso solloce el triste pecho,  
que al ver vuestra hermosura se oprime el corazón.

Yo miro en vuestras calles oscuras y sombrías  
recinto sacrosanto de espiritual amor,  
donde pasar dos almas los azarosos días

en éxtasis amante ajenos al dolor.

Por eso cuando os miro, el alma comprimida  
suspira, y aun anhela en su aflicción llorar;  
mas ¡ay! que del fastidio la ráfaga encendida  
la fuente de su lloro se complació en secar.

Y sólo halla descanso, si acaso delirante,  
ensueños va forjando de celestial placer,  
si como leve sombra recuerda tierna amante  
la imagen seductora de celestial mujer.

Mas ¡ah! ¿Por qué estos sueños mi loca fantasía  
se forja delirante y tras el alma va,  
si luego ha de matarle la realidad sombría  
y tierra en su camino tan sólo habrá de hallar?

¡Dejadme devaneos! ¡Que el alma fatigada  
por descansar suspira; dejadla, por piedad!  
Que hartos mi existencia vejeta ya gastada  
por hechiceros sueños que ahuyenta la verdad.

Recuerdos gloriosos de hazañas belicosas  
que enardecéis aun hora mi mente juvenil,  
imágenes falaces de dichas amorosas  
que sin gozar un punto desvanecidas vi.

¡Dejadme y para siempre! Cual ignorada yerba  
que solitaria crece en inferaz peñón,  
así mi vida pase sin demostrar la acerba  
angustia que me roba la paz del corazón.

Alcalá de Guadaira, 1845.

En la última página del borrador de un drama

Soneto al público

Por el precio de un palco, una butaca,  
o un asiento de humilde galería;  
la veste del pudor la musa mía  
rasga y al aire sus encantos saca.

Insolente ramera hoy ya destaca  
su voz entre tu vana gritería;  
¡ella que cantos de dolor gemía  
sin cuidar de tus bravos la alharaca!

¡Ay, virgen fue! mas hora en su locura  
solicitando impúdica tu halago  
ese engendro te da que triste aborta.



Yo al escribirlo no pensé en tu altura;  
sílbalo sin piedad, poco me importa.  
Será a su torpe vanidad buen pago.

Madrid, junio 1853.

Quejas de una flor

La mosqueta

(A mi querido amigo José Selgas)

I

Un poeta a los flores  
cantar solía;  
una sola entre tantas  
ingrato olvida,  
y la flor esa  
su voz robando al aura  
dijo al poeta:

II

«Cantor de mis hermanas,  
»tú desdeñaste  
»de mis lánguidas hojas  
»el triste mate.  
»Nunca Dios quiera  
»que lo que sufro sufras!  
»¡pobre mosqueta!

III

»¡Ay! del nardo y la rosa  
»me negó el cielo  
»el olor generoso  
»que embriaga el céfiro;  
»que él siente apenas  
»mi delicioso aroma,  
»¡pobre mosqueta!...

IV

»No del clavel el rojo  
»color me anima,  
»no del jazmín las puras  
»cándidas tintas;

»que de mi tallo  
»brotan casi marchitos  
»pétalos pálidos.

V

»Mi cáliz entre espinas  
»muriendo nace,  
»mustio el alba lo mira  
»seco la tarde!  
»Justo es conozca  
»¡ay, por qué me desechas  
»de tu corona!...»

VI

Así la flor decía,  
y al par que hablaba  
sus hojas una a una  
llevaba el aura;  
yo vi en el polvo,  
como una ilusión muerta  
su tallo roto.

VII

¡Ay, cantor de las flores  
no me desdeñes!  
a quien buscó tu canto  
y halló su muerte,  
que también bella  
es aunque mustia y pálida!  
¡pobre mosqueta!

VIII

Bella es también la niña  
de rostro pálido  
que suspira al recuerdo  
del bien pasado;  
y congojosa  
sobre el pecho oprimido  
la frente dobla.

IX

Cántala, pues, poeta;  
quizá tu canto  
a algunos ojos secos  
moje con llanto.  
¿Tal vez no ansías  
que al corazón arranquen

tus flores lágrimas?

27 de Abril de 1853.

Festiva

A...

Dice un refrán castellano

antiquísimo, «gordura  
dame y te daré hermosura».

Luego es llano  
que hoy el cielo, bella Elisa,  
más te quiere embellecer,  
y pienso hacértelo ver  
aunque te excite la risa.

Bello es el manso arroyuelo  
que salpicando las flores,  
pinta en su cristal, del cielo  
los colores.

Pero, ¿más no es el torrente  
que por la lluvia engrosado  
va agitando su corriente?

Bello es el tierno capullo  
a quien el aura ligera  
mece con lánguido arrullo  
placentera.

¿Pero, mas no es la ancha rosa  
reina de las otras flores,  
que dobla la rama hermosa  
que le brinda sus verdes?

También en la noche umbría  
por Dios es bella en el cielo  
alguna estrella que envía  
luz al suelo.

¿Pero la redonda luna  
quién dirá que no es más bella?  
¿Hay acaso estrella alguna  
que brille cual brilla ella?

Tan cierto es el castellano  
refrán que dice: «gordura  
dame y te daré hermosura!...»

Mas de mano  
doy con mis versos, Elisa,  
pues con la sospecha lidio  
de que te causan fastidio  
en vez de causarte risa.

Sevilla, 1848.

Poesías amorosas  
El libro del amor

A...

Soneto

Como la sombra al cuerpo, el sentimiento  
a perseguir me inclina tu hermosura,  
mas si dicen mis ojos mi ternura  
casto respeto sofocó mi acento.

Con tu imagen querida, en su aislamiento  
forja el alma quimeras de ventura;  
Nunca esa dicha alcanzarás -murmura  
la despiadada voz del pensamiento.

Amarga pena al escucharla abrigo,  
y entonces el corazón, como un tesoro  
acoge ese dolor, y te bendigo.

¡Y sin nada esperar, ciego te adoro!  
¡Ay, si a mi seno del dolor amigo  
volver pudiera al desterrado lloro!

Madrid, Febrero 1854.

A Cristina  
En un álbum

I

¿Por qué no tengo yo para estas hojas  
de ilusión y ventura blancas flores?  
¿Por qué sus cuerdas desmayadas, flojas,

el arpa enmudeció de los amores?

¿Qué importa que orgulloso alce mi frente  
latiendo el corazón lleno de vida,  
si viejo ya para el placer se siente  
su virgínea ilusión desvanecida?

¡Oh, cuán temprano, lastimado el seno,  
postrose el alma en desigual pelea!  
¡Cuánto de angustia y de fastidio lleno,  
sólo descanso el corazón desea!

Así, ¿cómo podré, mujer divina,  
ensalzar tu virtud y tu hermosura?  
¡Ah, no escuches mis cantos, no, Cristina,  
son cantos de dolor y desventura!

Donde quiera que brindo la mirada,  
busco la dicha y la desgracia siento;  
el eco de mi lira destemplada  
es el ¡ay! funeral del sufrimiento.

Del desamado corazón el duelo,  
el llanto del que gime en la agonía;  
del pensamiento, al remontar su vuelo,  
la duda canto desolada y fría.

Nunca mis ojos en la mar serena  
fijé, mirando en paz su poderío;  
sí los clavé cuando furiosa truena  
reluchando en el áspero bajío.

Nunca del sol en la inmortal carrera  
vibró en mis manos la cansada lira,  
mas rasgando el relámpago la esfera  
con su sangrienta claridad me inspira.

Veo indiferente los capullos rojos  
que mece de las brisas el aliento,  
y arrancan una lágrima a mis ojos  
las secas hojas que arrebató el viento.

Doquier busco pasión, doquier ansío  
apagar esta sed de sentimiento,  
encuentro en el placer hielo y hastío:  
mi corazón nació para el tormento.

Así, ¿cómo podré, mujer divina,  
ensalzar tu virtud y tu hermosura?  
¡Ah, no escuches mis cantos, no, Cristina:  
son cantos de dolor y desventura!

## II

¿Cómo pintar de tus ojos

la tierna melancolía,  
tu boca que causaría  
envidia al rojo coral?  
¿Los rizos de tus cabellos  
como el ébano luciente,  
ni de tu pálida frente  
la inocencia virginal?

¿Cómo pintar de tu alma  
el infantil sentimiento  
que expresa tu blando acento  
con indecible candor?

¿Ni de tu dulce mirada  
el apacible consuelo,  
ni de ese rostro de cielo  
el angelical rubor?

¡Ay, niña! Si aún no has sentido  
latir inquieto tu seno,  
si un campo de flores lleno  
en la vida puedes ver;  
goza tus sueños de virgen  
embriagada en tu ventura,  
no vayan tu ilusión pura  
mis cantos a deshacer.

Que es hermoso en la existencia  
resbalar, dichas soñando,  
cuando va un ángel guiando  
nuestros pasos hacia Dios.  
¡Cuán feliz es quien la muerte  
halla en tan dulce camino,  
y hasta el alcázar divino  
unidos vuelan los dos!

.....

Mas no; compasiva suerte  
a ti tan hermosa y pura,  
un porvenir de ventura  
te brinda en grata ilusión;

acaso serás dichosa,  
sin que broten con enojos  
una lágrima tus ojos,  
un suspiro el corazón.

¡Ay, plegue al cielo! Mi ruego  
quizá a su región no llega,  
porque dislocada y ciega  
el alma en su frenesí  
lo olvidó; mas si propicio  
mis votos está escuchando,  
ellos suben demandando  
felicidad para ti!

Rosas el pensil te brinde,  
aroma grato el ambiente,  
líquidas perlas la fuente  
la vida entera, placer!  
Y si alguna vez asoma  
a tus párpados el llanto,  
la compasión del quebranto  
te lo arranque de otro ser.

Sevilla, 1849.

## Canción

A...

Más que mujer me pareces  
ángel mecido entre nubes,  
niña hermosa, de rubios cabellos  
de ojos azules.

Cuando tus puros encantos  
mi ansiosa vista descubre,  
imagino que aspira mi seno  
celeste perfume.

Mas tal reflejo de dicha  
muere triste, apenas luce,  
como el pálido rayo de Venus  
las sombras confunde.

Que tus ojos y cabellos  
de efímeras horas dulces,

los dolientes espectros reaniman  
que tristes acuden

al corazón, y en mi labio  
vaga un nombre que interrumpe  
el deber, y sofoca la llama  
que el alma consume.

.....

No coronen tus cabellos  
nunca del dolor las nubes,  
ni con lágrimas miren mis ojos  
tus ojos azules!

Madrid, 1854.

En un baile

¿Por qué extrañar que evite de la danza  
la alegre confusión?  
Entre tantos que buscan su pareja  
la busco en vano yo!  
¿Por que extrañar que vague indiferente,  
mi vista en derredor?  
¡Ay! Mil ojos se fijan en mis ojos,  
pero los suyos no!  
¿Por qué extrañar que ante el bullicio, aislado  
enmudezca mi voz?  
¿Acaso late, cuando late el mío,  
siquiera un corazón?

Madrid, 1857.

Al despertar

let life ont.

Shakespeare, Romeo y Julieta.

I

Dulce brisa aspira el pecho,  
tibia luz mi estancia dora,  
y de nubes sobre un lecho  
se ve a lo lejos la aurora  
amorosa sonreír.

La besa el sol, la enrojece,  
y ella, su azul vestidura

Theu, wuidon let day in and





al murmullo del onda placentera  
tu nombre pienso oír!

Cuando agitadas por el manso viento  
susurran de los árboles las ramas,  
pienso que escucho misterioso acento  
tu nombre repetir.

## II

Una voz melancólica lo exhala  
que el aire apenas rápida conmueve  
más tenue que el rumor que forma el ala  
del pájaro al volar:

No lo siente el oído, pero suena  
cual eco de dolor dentro del alma,  
que por alivio a su pesar y pena  
anhela suspirar!

## III

Si cuando yace en el descanso el hombre  
inspiración demandando a las tinieblas,  
las brisas de la noche traen tu nombre  
por darme inspiración.

Más pronto nuestro amor y desventura  
hacen callar la lira del poeta,  
y lágrimas derrama de amargura  
mi herido corazón!

## IV

En el templo también, bajo las naves  
que la oración armónica repiten,  
mezclado al eco de los cantos graves  
lo escucha mi dolor.

Cual virginal plegaria que se eleva  
de tu alma castísima, inocente,  
y que el incienso entre sus nubes lleva  
al trono del Señor!

## V

Dondequiera tu nombre, ¡triste amante!  
ya desvanece mi mortal hastío,  
ya me hace acaso blasfemar impío  
con ciego frenesí!

O ya dulce disipa mis enojos  
consolador trayendo a mi memoria  
una lágrima pura de tus ojos  
derramada por mí!

Sevilla, 1849.

Recuerdo

No brillaba la luna; sacudidas  
por el viento las hojas se quejaban,  
chispas de luz vertían las estrellas  
en las trémulas aguas.

A su inseguro resplandor veía  
rodar por sus mejillas una lágrima,  
y temblorosa, entre sus manos yertas,  
mis manos estrechaba!

Mas de repente de sus negros ojos  
el vivo rayo penetró en mi alma,  
y soltando mi mano, de las mías  
separó sus miradas!

Su altiva frente levantó serena;  
en sus labios vagó sonrisa amarga...  
y pálidos los dos y silenciosos  
cruzamos la enramada!

Dime

Dime: ¿cuál melancólico lucero,  
brillando sólo al despuntar el alba,  
vierte una luz como la luz suave  
de tu mirada?

Dime: ¿qué clara gota de rocío,  
pudo igualar sobre azucena blanca,  
a una gota de llanto resbalando  
por tu mejilla pálida?

Dime: ¿habrá una sonrisa que prometa  
de virtud y ventura la esperanza,  
que consiga imitar el dulce encanto  
de tu sonrisa casta?

Dime: ¿habrá una mujer que cual tú inspire  
amor tan puro, adoración tan santa?  
Dime: ¿habrá sierpe que tan negra tenga  
como tú el alma?

Madrid, 1859.

Al Guadalquivir  
Soneto

Quizás mis ojos por la vez postrera  
clavo, Guadalquivir, en tu corriente,  
la luna contemplando tristemente  
que en tus aguas sus rayos reverbera.

Lleve mis pasos do la suerte quiera,  
tu imagen siempre al corazón presente;  
los años ¡ay! renovará la mente  
que sentí resbalar en tu ribera!

Amargue las espumas de tu orilla  
esta lágrima. ¡Adiós! hondo gemido  
el pecho exhala, que de ti me alejo!

Cuando beses los muros de Sevilla,  
murmura con dolor que nunca olvido  
que allí del alma la esperanza dejo.

Puente de Andújar, 6 de Enero de 1852.

Acuérdate de mí

I

La noche está sombría;  
la calle está desierta;  
al estrechar la mía  
tu mano siento yerta  
llamándome hacia ti.  
¡Adiós!-En tu ventana  
su luz el alba vierte:  
cuando, al nacer mañana,  
su rayo te despierte,  
¡acuérdate de mí!

## II

No más con alegría  
te oiré decir: ¡te amo!  
No más a la voz mía,  
cual pájaro al reclamo,  
vendrás... ¡ya te perdí!  
Si al descender la sombra  
tu pecho da latidos,  
y piensas que te nombra  
la brisa en sus gemidos,  
¡acuérdate de mí!

## III

¡Por siempre adiós! Me aleja  
mi despiadada suerte:  
no exhalo ni una queja...  
¡y no volveré a verte!...  
¡mi alma queda aquí!  
Si acaso en tu aislamiento  
tu seno se estremece,  
y amargo sentimiento  
tus ojos humedece,  
¡acuérdate de mí!

A...

J'avais quitte la proie pour l'ombre.

Gerard de Nerval. -Petits chateaux de Boheme.

«¡Como yo has de llorar!» tú me decías,  
anegados en lágrimas tus ojos:  
«¡Como yo has de llorar! y tal vez ella  
»se burle de tu lloro!»

«Por escuchar palabras cual las tuyas,  
»que forman el dogal con que me ahogo,  
»acaso pronto tu tenaz orgullo  
»se arrastre por el polvo!»

«¡Niéguete el cielo hasta el crüel remedio  
»del duro desengaño que devoro!  
»¡Permita Dios que tus angustias pague  
»silencio desdeñoso!»

Yo, cual de piedra, helado te escuchaba,  
de tu mirada separando el rostro:

Sentí apenas que, al irte, murmuraste  
«¡Adiós!» en un sollozo.

¡Ah, si me vieses hoy!... ¡También lloraras;  
pero fuera de lástima tu lloro!  
¡Ah, si me vieses hoy!... ¡Quizá tu labio  
dijera «te perdono!»

Ensueño

No sé decir por qué... ¡Ya tanto hacía  
que no pensaba en ti, sino despierto!...  
No sé decir por qué, la última noche  
te vi entre sueños!

Tan hermosa a mis ojos como siempre;  
tan pura y dulce como en otro tiempo;  
pero estabas tan pálida, tan triste,  
que al recordarlo tiemblo!

Todo un mundo de amor y de pesares  
nuestras mutuas miradas se dijeron;  
mas ni siquiera nuestros nombres, nada  
murmuró el eco!

Inmóviles los dos y silenciosos,  
apoyada la mano sobre el seno  
sonreímos... ¡Yo estaba al despertarme  
en lágrimas deshecho!

¿Por qué?

Dime: ¿por qué cuando de mí te alejas  
te sigue el alma mía,  
y con el eco de tu adiós me dejas  
consuelo y alegría?

Dime: ¿por qué si a las estrellas miro  
que son tus ojos creo?  
¿Por qué en el aire escucho tu suspiro,  
y en las sombras te veo?

Dime: ¿por qué mi solitaria estancia  
tu imagen embellece,  
cual perfuma del lirio la fragancia

el aire en que se mece?

¿Por qué de tu sonrisa y de tu acento  
el recuerdo querido  
vuelve a agitar con puro sentimiento  
mi corazón dormido?

¿Por qué apaga memorias de horas muertas,  
de enojos y de llanto?  
Dime, amor mío, si a decirlo aciertas,  
¿por qué te quiero tanto?

Despierta

Despierta, amada mía: la mañana  
hasta tu lecho tímida penetra  
y te llama con trémulos gorjeos  
el ave prisionera.

Aura feliz acarició tu frente,  
besa tu boca y perfumada vuela,  
y la naciente luz alegre brilla  
en tus hermosas trenzas.

Aura, pájaro y luz por ver suspiran  
tus bellos ojos, tu sonrisa tierna,  
y en tu dormido corazón murmura  
mi amor, «¡bendita seas!»

Serenata

I

La luna adorna el cielo  
con transparente velo,  
y brillan las estrellas  
cual lágrimas de amor.  
¿Reposas ya dormida,  
encanto de mi vida,  
o en tus miradas bellas  
reflejan su fulgor?

II

Si aún sientes su rayo  
y, en lánguido desmayo,  
tu seno da un suspiro,

acuérdate de mí;  
y díganles tus ojos  
tus dichas, tus enojos:  
que yo también las miro  
pensando sólo en ti.

### III

Mas si tranquilamente  
se dobla ya tu frente,  
y no turba tu calma  
ni el más leve rumor,  
¿seré tan venturoso  
que, en sueño misterioso,  
me veas con tu alma,  
me hables de tu amor?

### Vigilia

El querer que puse en ti

tan firme y tan verdadero,  
si lo hubiera puesto en Dios  
ya hubiera ganado el cielo.

(Canción popular).

¿Por qué cuando activa fiebre

mi frente abatida quema,  
dejo mi lecho, y sentada  
la angustia a su cabecera?

¿Por qué solo y lentamente  
cruzo las calles desiertas  
cuando, del sueño en los brazos,  
todos aduermen sus penas?

¿Por qué cuando el sol brillante  
los corazones alegra,  
veo pálidos sus rayos,  
y siento su lumbre yerta?

¿Por qué miro indiferente  
la más preciada belleza?  
¿Por qué el acento más dulce  
en mi alma no penetra?

¿Por qué tiemblo si la mía  
con su mirada se encuentra?  
¿Por qué, cuando no, parece



que el corazón me atraviesan?

¿Por qué a solas, en mi estancia,  
mis ojos creyendo verla,  
frases llorando le dicen  
que el labio a decir no acierta?

¿Por qué si por ella sufro,  
por qué si muero por ella,  
sólo para bendecirla  
sabe nombrarla mi lengua?

Desvarío

Verte imagina el alma enamorada  
por el sueño vencida, tu cabello  
inundando la cándida almohada:

La paz, señora de tu rostro bello:  
bajo el celoso párpado, escondido,  
de tu mirada el mágico destello:

Blandamente tu pecho conmovido,  
y en la sonrisa de tu pura boca  
expirando suavísimo gemido.

Y al verte, el alma se imagina loca  
que se acerca a tu casta cabecera  
y trémula de amor, tu frente toca.

«Duerme, te dice, de mi edad primera  
»renovada ilusión: duerme ¡bien mío!  
»¡quién darte dicha como amor pudiera!»

Recuerdo

I

Triste es, muy triste, con incierta planta  
encaminarse hacia el sepulcro helado  
que guarda un ser querido;  
y allí, animando su memoria santa,  
llorar a solas por el bien perdido!

II

Pero es más triste en la escondida huesa

del corazón clavar honda mirada  
y ver, con sangre impresa,  
la cifra de una imagen adorada,  
de los estragos del olvido ilesa!

### III

¡Ay! que el dolor que al recordarte siento,  
ángel puro, ¡jamás sienta tu alma!  
¡Al cielo, en mi tormento,  
pido que aparte, por tu bien y calma,  
mi imagen de tu casto pensamiento!

### El amanecer

Fresco suave acarició mi frente,  
inunda el aire claridad dudosa,  
que con reflejos pálidos disipa  
lentamente las sombras.

Su casta luz las tímidas estrellas  
van ocultando al sonreír la aurora,  
como vela su púdica mirada  
la virgen ruborosa.

Una brilla no más, una: parece  
lágrima tierna que la noche llora  
cuando, cogiendo su enlutado manto,  
los cielos abandona.

¿Que me dice su luz? ¿Por qué despierta  
penetrando en mi ser santas memorias,  
que de pena y rubor a un tiempo oprimen  
el alma temerosa?

¿Por qué imagino su argentado rayo  
ver chispeando en las azules ondas  
que enrojecen allá en el horizonte  
los besos de la aurora?

¿Por qué imagino que su luz suave  
miro brillar en vacilantes gotas  
que, como llanto de placer, salpican  
las flores aromosas?

¡Ay, no! Ya no, tras reposado sueño,  
nuevo vigor de mi existencia brota

cuando en los brazos del amante día  
la tierra se abandona!

Brillando, triste, en las desiertas calles  
su naciente fulgor contemplo ahora,  
mientras camina al olvidado lecho  
mi planta perezosa.

Flores no ven mis fatigados ojos,  
no percibo las aves armoniosas,  
que, inmóviles, los altos edificios,  
hasta el cielo me roban!

Y el alma esclava del cansado cuerpo,  
viendo delante soledad odiosa,  
arrastra el peso del mortal disgusto  
de las pasadas horas!

¡Ay! ¿dónde está la luz que de esta noche  
logre benigna disipar las sombras?  
¿Dónde la voz a cuyo puro acento  
mi corazón responda?

¿Cuándo será que a interrumpir mi sueño  
venga el rayo primero de la aurora,  
¡ignorada mitad del alma mía!  
un beso de tu boca?

A mi mujer

¿Dónde estás? ¿Cómo eres tú?

Ceñida de trenzas rubias  
¿inclina tu blanca frente  
melancólica ternura?

¿O quizá son tus cabellos,  
tan negros como la angustia  
que siento lejos de ti,  
llamándote en quejas mudas?

¿Como los cielos azules,  
tus ojos la calma anuncian,  
o del color de los celos  
pasión inquieta y profunda?

Sólo sé que eres hermosa;

pero con una hermosura  
tan santa que los deseos  
su limpieza no deslustran.

Sólo sé que tu mirada  
rayo será de luz pura  
que en albas de paz convierta  
noches de agravios y dudas.

Sé que al oírte, de hinojos  
caerá mi soberbia dura,  
y en ti, castigo y consuelo  
el alma verá confusa:

Sé que tu sonrisa hará  
brotar la casta ternura  
que para ti sola, sola,  
en mi corazón se oculta:

Sé que viviendo en mi alma  
y viviendo yo en la tuya,  
sabrás hacer, amor mío,  
de nuestras dos almas una:

Sé también que sin los dos  
para los dos no hay ventura:  
¡y te busco tanto, tanto!  
¿por qué no te encuentro nunca!

La flor seca

Adorno de la túnica del prado  
fueron ayer tus azuladas hojas,  
te mecieron los besos de las auras,  
lloró en tu cáliz de placer la aurora!

Rayo fecundo de la luz del cielo  
acarició tu púdica corola  
y, al süave calor estremecida,  
bañó tu seno generoso aroma.

¡Hoy en ligera tumba sepultadas  
yacen secas y pálidas tus hojas!  
¿Por qué del tallo te arrancó una mano  
cruel contigo, para mí piadosa?

¡Cruel! ¡Ah, no! Si me guardó en su seno,  
si mi olor aspiró su dulce boca,  
si ella misma formó mi sepultura,  
¿qué flor ha sido como yo dichosa?

Traducción improvisada de una poesía de Mr. Alfred de Musset, al Young-Frau  
Young-Frau, el caminante que en tu invisible frente

la planta vencedora pudiera detener,  
latir con noble orgullo su corazón valiente  
sintiera estremecido de celestial placer.  
Que semejante al águila que, desdeñando al suelo,  
agita el ala rápida, tus cimas al tocar,  
desde tu eterna nieve bajo el azul del cielo  
su alma en los espacios pudiera resbalar.

Un corazón, Young-Frau, mi corazón ha herido,  
que como tú se oculta ¡sois vírgenes los dos!  
Como tú de una ropa sin mancha revestido  
que más que tú, del cielo, está cerca de Dios.  
¿Qué mucho, pues, que calle mi amante pesadumbre  
sin procurar consuelo a su angustioso mal?  
¡De la región que habita en la sagrada cumbre,  
no pueden señalarse las huellas de un mortal!

Madrid, 1854.

Canción

No more no more ¡oh never more on

me  
the freshness of the heart can fall...

Biron.-D. Juan.-Canto I.

I

Pálida niña de garzos ojos,  
si mi mirada se fija en ti,  
¿por qué la tuya revela enojos?  
¿temes, preciada flor entre abrojos,  
que yo te adore con frenesí?  
Que con amante queja importuna  
quiera enfadoso tu paz turbar;  
que, maldiciendo de mi fortuna,  
a la suave luz de la luna  
bajo tus rejas llegue a cantar?

## II

¡Ay, niña hermosa! ¡Pluguiera al cielo  
que, aun desdeñando tú mi clamor,  
el amoroso perdido anhelo  
por ti sintiera, con su desvelo,  
sus esperanzas y su temor!

Que con la copa de la amargura  
mi helado seno pudiese arder;  
que suspirando por tu hermosura,  
lograse el llanto de la ternura  
mi seco párpado humedecer!

## III

¡Delirio vano! ¿lozanas flores  
cómo entre arenas podrán brotar?  
¡Árbol desnudo de tus verdores  
nunca en tus ramas los ruiseñores  
verás, temblando de amor, cantar!

¡Triste del alma que en hora aciaga  
de locas dudas probó la hiel!  
de la esperanza la luz apaga;  
la dicha, en vano, buscando vaga,  
¡tumba consigo le dio cruel!

## IV

¡Oh! nada temas. Aunque pudiera  
nuevos dolores y afán sentir,  
aunque en tus ojos ¡dulce quimera!  
casta esperanza de amor leyera  
que haría mi muerto pecho latir.

Siempre pendiente de tu mirada  
su osado anhelo sabría callar  
mi alma indigna de ser amada:  
hasta la tuya de un Dios morada  
nunca atrevida podrá volar.

Madrid, Mayo, 1853.

A...

Si al contemplar de vuestra ebúrnea frente  
ese casto rubor que me enamora,  
la voz expira de temor, señora,  
en el trémulo labio balbuciente;

Si cuando el aire que os circunda siente,

estremecido, el seno que os adora,  
gime en secreto y en secreto llora  
¡llanto que abrasa el corazón doliente!

Si muriendo, en estéril agonía,  
mi paz, mi dicha, del amor despojos,  
en el silencio ahogo mi martirio;

¡Oh! Dadme por piedad, señora mía,  
una mirada, y os dirán mis ojos  
de mi pasión el celestial delirio!

Sevilla, 1845.

Soneto

¿Te acuerdas, di, cuando al tocar mi mano,  
radiante tu mirada, estremecido  
tu seno de placer, daba un gemido,  
verme temiendo de tu amor lejano?

¿Te acuerdas que en combate sobrehumano,  
por tu pena mi amor enaltecido,  
en mis brazos llorando, tu encendido  
labio los míos abrasaba en vano?

Ciñó tu frente de virtud la palma,  
mas ¿qué fue nuestro amor? Inerte, fría,  
hoy te contempla, aunque te admire, el alma.

Ayer besos y lágrimas había,  
hoy desamor, indiferencia, calma.  
¡Quién ni en sus propios sentimientos fía!

1851.

Un guardapelo

¡Oh, tú tocaste su virgíneo pecho!  
¡Tú coronaste su cabeza un día!...  
¡Comprimiendo latidos de agonía  
a mi apenado corazón te estrecho!

Trocada viendo en funerario helecho  
la blanca flor de la esperanza mía,

¡recuerdo de mis horas de alegría  
cuál te idolatro en lágrimas deshecho!

Casto beso te imprima el labio ardiente  
y en ti beba las gotas de su llanto,  
bálsamo celestial a mi amargura.

¡Queda divino don siempre pendiente  
de mi pecho, morada del quebranto,  
de un amor infelice sepultura!

Madrid,1852.

### Soneto

Conmigo estás, aunque sin ti me veo;  
aunque lejos de ti, por ti respiro;  
pienso que el ámbar de tu aliento aspiro  
y oír tu voz enamorada creo.

Ver tu alma imagina mi deseo  
en tu dulce mirada, en que me miro;  
y ofrece a mi pasión, blando suspiro,  
tu corazón hermoso por trofeo.

Y de tu mano la opresión querida  
juzgo sentir, en mi feliz locura,  
y te bendice el alma agradecida.

¡Cuánta fuera a tu lado mi ventura,  
si pueden tanto embellecer mi vida  
recuerdos de tu amor y tu hermosura!

### Cantares

#### I

Yo soy uno, tú eres una:  
una y uno que son dos;  
dos que debieron ser uno;  
pero no lo quiso Dios.

#### II

Yo no sé por qué la luna  
aquel día me recuerda,  
en que me dijiste «adiós»,



con la cara de una muerta.

### III

La mano que me apretaste,  
siempre y en toda ocasión,  
sin saber lo que me hago  
me la llevo al corazón.

### IV

No me digas que te olvide,  
que me lo dices llorando:  
toma tú misma el consejo  
y podrás venir a darlo.

### V

¡Ay! cuando el pito sonó  
me arrancaron las entrañas:  
cuando te perdí de vista  
me quedé como sin alma.

### VI

En la pila de la fuente  
caen golpeando las gotas:  
¡qué callandito que caen  
las que la cara me mojan!

### VII

¡Siempre estoy lejos de ti!  
¡Sabe Dios cómo estarás!  
Sé que vives, amor mío,  
porque yo vivo no más.

### VIII

No tengas miedo ninguno  
que a veces, por tu respeto,  
los ojos me arrancarían  
porque dicen que te quiero.

### IX

Dicen algunos que el tiempo  
acaba con el amor:  
dime tú, los que eso dicen,  
¿nos conocen a los dos?

### X

¡Ay! ¡quién, serrana, tuviera  
por almohada tu pecho,

para saber lo que pasa  
en tu corazón durmiendo!

XI

Si pienso que no me quieres  
me da una cosa en el alma,  
que si me viera mi madre  
de seguro que lloraba.

XII

¿Qué será que no me importa  
lo que ninguna me dice,  
y tú con sólo mirarme  
me pones alegre o triste?

XIII

Yo no sé lo que sentía  
cuando te vi llorar tanto,  
sólo te puedo decir  
que lloro yo al recordarlo.

XIV

Cuando te dejo en tu puerta  
entramos juntos los dos;  
di si te vienes conmigo  
cuando yo te digo adiós.

XV

Los celos que me da el tiempo  
que he vivido sin quererte  
tú también debes sentirlos  
si es verdad que tú me quieres.

XVI

¡Vaya un hoyito, morena,  
que Dios te puso en la cara,  
al primer paso que dio  
en él se enterró mi alma!

Soneto

Fácil, ligero lazo el amor mío  
creyó formar en su ilusión querida,  
que hiciera de dos vidas una vida,  
uniendo con el tuyo mi albedrío.

Hoy, deshecho tan dulce desvarío,  
de tus gustos juzgándome homicida,  
¡que es su lazo cadena aborrecida  
teme mi amor con desaliento frío!

Si es verdad, no perdone tu ternura  
a quien, libre y feliz queriendo hacerte,  
esclaviza tu alma y tu hermosura.

Aunque todo lo pierdo con perderte,  
en ello cifraré yo mi ventura  
si así consigo venturosa verte.

Soneto

¿Por qué, menguado corazón, suspende  
opresión dolorosa tu latido?  
¿Por qué moja mi párpado abatido  
lágrima torpe que mi orgullo ofende?

¡Mal la nobleza de tu ser entiende  
quien dos veces, esclavo envilecido,  
el alma que de Dios ha recibido  
de una mirada engañadora prende!

Acabe ¡y para siempre! el ansia fiera,  
por la que presa fuiste en otros días  
de inciertas dichas y pesares vanos;

Que si aún capaz de conmoverte fuera,  
del pecho, a quien infame afrentarías,  
sabré arrancarte con mis propias manos.

La boda

(Traducción de la poesía de Enrique Heine, del mismo título.)

¿Qué es lo que agita mi sangre?  
¿qué es lo que enciende este ardor  
furioso en el pecho mío?  
¡Mi sangre hierve, y feroz  
mi sien golpea; devora  
la rabia mi corazón!

Mi sangre hierve, porque

un sueño tuve... ¡qué horror!  
de la noche el hijo aciago  
en sus brazos me llevó...  
¡En sus brazos, jadeante,  
prensándome el corazón!

Me llevó a una casa. En ella  
de la música el rumor  
zumbaba, y de mil antorchas  
la luz brillaba. Oprimió  
mi pecho al entrar el gozo  
que miré en mi alrededor.

Llegué a la sala: en la mesa  
miré la alegre reunión  
de convidados; la novia  
buscaron mis ojos... ¡Oh,  
desgraciado! ¡Era mi amante,  
el bien de mi corazón!

¡Era ella! Blancas flores  
ceñían su frente: el rubor  
coloraba sus mejillas!...  
En pie, detrás del sillón  
que ocupaba, quedé fijo.  
Su esposo me pareció  
un extranjero: otra vez  
volvió el alegre rumor  
de la música, y la sangre  
se agolpó a mi corazón.

Yo estaba tranquilo; pero  
la alegría un peso atroz  
echaba sobre mi alma.  
Miré a la novia, el fulgor  
de la dicha vi en sus ojos,  
y él la mano le estrechó.

El desposado una copa  
llenaba; el vino tocó  
con sus labios, y, risueño,  
lo pasa luego a su amor...  
¡El vino es rojo! ¡es mi sangre!  
¡Y ella la copa apuró!!

Sonriendo, una manzana  
la desposada ofreció

al desposado. ¡Él le clava  
un cuchillo! ¡Qué dolor  
sentí! ¡ay! ¡que aquel cuchillo  
traspasó mi corazón!

¡Con ojos lánguidos, dulces,  
se miraban, y el temor  
venciendo ella al fin, le abraza  
y besa su cara!... ¡Ay, Dios!  
¡La fría muerte a mí entonces  
también un beso me dio!

¡Entorpecida mi lengua  
como una masa quedó  
de plomo en mi boca...! Vuelve  
de la música el rumor,  
comienza el baile, y alegre  
a él la pareja corrió.

¡Y mientras que inmóvil, mudo,  
yo estaba allí, en mi redor  
valsando, se atropellaban  
riendo! Al oído habló  
de la desposada el novio:  
vi las rosas del pudor  
en su frente; pero enojo  
su cara no reveló.

Furtivamente la turba  
evitan, y del salón  
los vi huir. Seguirlos quise...  
¡mi deseo me engañó!  
¡Eran de mármol mis pies!  
¡Me hizo de piedra el dolor!

Sí, el dolor me hizo de piedra;  
mas, sangriento el corazón,  
hasta alcoba nupcial  
me arrastré, y allí... ¡qué horror!  
¡acurrucadas dos viejas  
miré sobre su escalón!

Las conocí. Eran la muerte  
y la locura. Las dos  
sobre sus bocas sin labios  
posaban ¡me heló el terror!  
sus dedos sin carne. Ahogado

prorrumpí en un estertor  
agonioso... ¡lloré mucho;  
reíme al fin! Y la atroz  
carcajada, destrozando  
mi pecho, me despertó!

Poesías  
Ángel María Dacarrete

#### Advertencia

El presente volumen contiene las poesías líricas de D. Ángel María Dacarrete, que la familia del ilustre poeta ha reunido cuidadosamente creyendo, y con razón, que podrán hoy ser del agrado del público no pocas de ellas, y que la crítica imparcial considerará seguramente a todas como muestras preciosas del periodo literario en que vivió el autor, y que tan dignamente representaba.

Otro no menos abultado, ni de menor mérito, forman también las obras dramáticas, algunas de las cuales, como Magdalena y Julieta y Romeo, valieron a su autor ruidosos triunfos en días en los que para abrirse carrera con gloria en la escena española había que competir dignamente con los Ayalas y Tamayos.

Ni la familia de Dacarrete ni los amigos se han atrevido a dejar fuera de la colección ninguna de las poesías encontradas, cosa que sólo habría podido hacer cumplidamente el autor con arreglo a sus gustos e ideas. Ya que no éste, hagan hoy la, selección la crítica y el público.

En todo caso, y por severa y depurada que sea dicha selección, bien puede creerse que quedarán obras más que suficientes para cimentar sobre sólidos fundamentos las alabanzas que el poeta merece, ya por sus versos eróticos, que son de los mejores, ya por alguna de sus composiciones de índole diversa. Si sus poesías religiosas no rayan a tanta altura, téngase en cuenta que pertenecen a los primeros tiempos del autor, y asimismo que son muy contados en nuestra literatura los maestros de esta clase de composiciones en que tanto sobresalieron otros días San Juan de la Cruz y Fr. Luis de León.

Algunas de las poesías hoy coleccionadas, como las que se titulan A Sevilla, En un baile, son inéditas; otras corrían ya impresas en diferentes épocas y diversas publicaciones. Tales son, entre otras, las nombradas En la muerte de Lincoln, Al Guadalquivir y En Siberia, inspirado y vigoroso canto que basta para conquistar a un poeta imperecedera nombradía. Valera le incluyó en su Florilegio, y Ayala, que no se acordaba muchas veces de sus versos, recitaba de corrido y con verdadero entusiasmo éstos de su gran amigo y compañero de toda la vida.

Algunos de los sonetos que contiene la parte de este volumen, que su autor solía llamar, y así lo llamo yo por eso El libro del amor, son de los mejores que tonemos en este género, poco fecundo entre nosotros en obras de verdadero sentimiento y de forma natural y sencilla, en tal manera que bien podemos decir que ha sido constantemente un género falso de conceptos y de ideas alambicadas y aparatosa dicción en que rara vez habla el alma inspirada del poeta. Por eso tenemos en tanto las de Dacarrete, a que nos referimos, y que bien podemos calificar de modelos en su clase y comparables con las de los poetas más celebrados de su tiempo.

Dacarrete tuvo la fortuna de ser discípulo de Lista cuando el maestro sevillano dirigió el Colegio de San Felipe, de Cádiz. Entre las poesías coleccionadas hay dos dedicadas a Lista que reflejan al vivo la veneración, la gratitud y el cariño que atesoraba su alma. Fue en el orden histórico el último hijo, el Benjamín del glorioso patriarca de las letras españolas.

Fiel a la educación literaria recibida, Dacarrete si se apartó algún tanto, andando el tiempo, de la estrechez de las doctrinas neo-clásicas, abriendo su corazón al romanticismo luego dominante, conservó, en cambio, siempre el buen gusto formado en la escuela misma en que se educaron Espronceda, Ventura de la Vega, Escosura, Pardo, Pezuela, Roca de Togores, Rodríguez Zapata, Ochoa, y otros, igualmente discípulos de Lista.

Y este buen gusto literario resplandecía, lo mismo en las poesías líricas que en las dramáticas, en los discursos y en cuantas obras salieron de su pluma. Es más, aun en sus escritos de abogado, y hasta en los expedientes en que intervino como empleado, reveló siempre sus altas prendas de estilo y de lenguaje, como su amigo y compañero largos años en los altos Cuerpos de la Administración pública, D. Pedro de Madrazo, de esclarecida memoria.

Gobernador civil, Diputado a Cortes, Director general mucho tiempo de Hacienda y de Gracia y Justicia del Ministerio de Ultramar, Dacarrete sirvió también durante veinticuatro años en el Consejo de Estado, perteneciendo al Tribunal Contencioso y presidiendo la Sección de Hacienda hasta que quedó cesante por reforma en Mayo de 1904.

Con decir que murió pobre, queda hecho el mayor elogio del integérrimo empleado. Falleció el 13 de Octubre de 1904. Había nacido en el Puerto de Santa María el 14 de Noviembre de 1827.

En tiempos en que fácilmente pueden escalar todos los puestos por subidos que sean, no ya las medianías, sino las vulgaridades mismas, medrada sería la gloria de Dacarrete si sobre todos sus honores y cargos no ostentase, como por dicha suya noblemente ostenta,

título más alto, título que no pueden otorgar ni el favor ni la intriga, el título de poeta, y poeta excelente y verdadero.

Como tal mereció que el Gobierno le concediese la Gran Cruz de Alfonso XII y que le abriese de par en par sus puertas en 2 de Febrero de 1900 la Real Academia Española. Murió sin ingresar en ella y cuando había comenzado a escribir el discurso correspondiente, que no pasó de los primeros párrafos.

Antonio Sánchez Moguel.

## Poesías religiosas

### El Viernes Santo

Jesus dixit: filiae Jerusalem

nolite flere super me, sed super  
vos ipsus flere, et super filios vestros.

S. Luc., cap. XXVIII.

#### I

Doncellas de Israel, hoy vuestros ojos  
sangre deben verter, no basta el llanto;  
sangre que a la que vierten los despojos  
del Dios-hombre se mezcle. ¿Cuál quebranto  
al vuestro igualará? Ayer su acento  
embebeció amoroso vuestro oído,  
dulce más que la voz del sentimiento;  
hoy ya, exhalando su mortal gemido,  
por vez postrera repitiolo el viento.

#### II

¡Ay! La luz sin igual de su mirada  
ayer os hizo presentir el cielo;  
hoy, en sus mustios ojos apagada  
la busca en vano vuestro triste anhelo.  
Ayer visteis su brazo levantado  
cual iris bienhechor de la esperanza;  
hoy, rotos sus tendones, cruje helado,  
mientras sangre del cárdeno costado  
hace que brote la cobarde lanza.

#### III

Sobre un campo de muertos, el guerrero  
de su infausto poder haciendo alarde,



sangriento agita el triunfador acero  
y en ansia nueva de victorias arde;  
su voz funesta cual la voz del trueno  
el hombre escucha, y desciñendo el luto,  
bate sus palmas de entusiasmo lleno,  
y al que hierro mortal clavó en su seno  
su capa arroja por marcial tributo.

#### IV

Y a Él que con voz de celestial ternura  
en cada hombre nos legó un hermano;  
a Él que aherrojó con su palabra pura  
entre rotas cadenas al tirano;  
que al que prueba el licor del sufrimiento  
promete horas eternas de alegría,  
que el agua ansiada concedió al sediento,  
que reanimó al enfermo macilento,  
que alzó a los muertos de la tumba fría;

#### V

Que la mujer, cual tierna compañera,  
nos destina en la senda de la vida,  
haciendo suba a superior esfera  
su alma en el fango del placer caída...  
¡A Él! la turba despiadada y loca  
de aguda espina coronó la frente,  
con torpe mano su mejilla toca,  
lo insulta y befa de la cruz pendiente  
y ofrece hiel a su abrasada boca!

#### VI

¡Mísera humanidad! De la amargura  
en las tinieblas tu existencia yace,  
y separas los ojos de la pura  
luz que las sombras en vapor deshace!  
Te sellará con marca maldecida  
esa sangre purísima que brota  
de las venas de Cristo; ¡vil Deicida!  
En noche envuelta el mundo, cada gota  
la recibe la tierra estremecida.

#### VII

Cual la luz del relámpago de Oriente  
hasta Occidente el universo llena,  
sobre la ciega redimida gente  
su mirada postrer brilló serena.  
Pidió al cielo el perdón en su agonía

de sus verdugos: su cabeza amada  
doblose inerte hacia la tierra fría,  
donde su Madre, el alma traspasada,  
inmóvil contemplándole yacía.

### VIII

¡Pobre Madre! En el mundo su tormento  
¿quién podrá comprender?... Enjutos, rojos  
sus párpados se caen; ¡el sufrimiento  
ha agotado la fuente de sus ojos!  
¡Oh mujeres, que hiriendo vuestro oído  
de madre el dulce nombre habéis soñado,  
y el corazón de gozo estremecido  
sentís atentas interior latido  
del hijo aun sin nacer ya idolatrado!

### IX

Que más tarde secáis con vuestra boca  
las lágrimas primeras que derrama,  
que el alma tierna de contento loca  
luego sentís, cuando su labio os llama;  
que al lanzarse en el mar de la existencia,  
viéndoos en él, con orgulloso encanto,  
os embarga el placer de su presencia,  
y si a vosotras lo arrancó la ausencia  
es eterno en sus horas vuestro llanto.

### X

Ni aun a vosotras comprender es dado  
del alma de su Madre la amargura:  
¡fue su Dios el que el sueño regalado  
durmió en sus brazos, de la infancia pura!  
¡Su Hijo y su Dios el que lloró perdido!  
¡Su Hijo y su Dios el que contempla ahora  
cadáver, destrozado, escarnecido!...  
Y su materno pecho conmovido  
de sus verdugos el pecado llora.

### XI

¡Sí, por ellos también!... De todos Madre,  
sus culpas y dolores su alma oprimen,  
su húmeda vista en la región del Padre  
clava pidiendo compasión al crimen,  
ahogándola el pesar, aplacadora  
ofrece ser de las celestes sañas  
que abrumen a la raza pecadora...  
¡Ah! ¡por aquellos resignada implora

que hundieron el puñal en sus entrañas!

## XII

Al suyo unid, mujeres, vuestro llanto:  
con Ella alzad vuestra oración al cielo,  
porque la ira del Cordero santo  
trueno irritado sobre el triste suelo.  
La dulce voz del tierno Evangelista,  
convertida en la voz de la venganza,  
el día terrible a comprender alcanza  
en que hecho el mundo miserable ariete  
del pecador acabe la esperanza.

## XIII

Nadie huirá de la cólera bendita.  
¡Dichosas las que nunca concibieron,  
las que en estéril soledad marchita  
la casta flor de su hermosura vieron!  
Sus hijos no oirán en aquel día  
la leche maldecir que de los pechos  
de sus madres brotó, ni en la sombría  
mar los verán cadáveres deshechos  
sin escuchar el ¡ay! de su agonía.

## XIV

No habrá calor ni luz: caerán del cielo  
a apagarse en las aguas las estrellas.  
El hombre huirá su hogar, y en sus umbrales  
sentarase la muerte sonriendo;  
unos de otros con pavor huyendo,  
rumor de carcajadas infernales  
oirán, de sus lamentos al estruendo.

## XV

La vida odiando, ni en la muerte abrigo  
podrá encontrar la raza del pecado;  
todos dirán su crimen, y el castigo  
de Dios caerá en la frente del culpado!  
¡Rogad, rogad! los que en el alma pura  
de humildad y fervor sentís la esencia.  
De Adán la infortunada descendencia  
va de la duda entre la sombra impura  
arrastrando su mísera existencia.

## XVI

Rogad, rogad, porque la aciaga hora  
acaso cerca está de llanto eterno,

en que el hambre y la peste asoladora  
cabalguen los caballos del infierno.  
En que el amigo esconderá su mano,  
en que el beso de amor el labio evite,  
en que maldito el hombre, el soberano  
día terrible de ira precipite  
que esconde el tiempo en su insondable arcano.

Sevilla 18 de Abril de 1851.

A Jesús crucificado  
(Imitación de San Juan de la Cruz)

¡Ay, salga triste llanto  
de mis cansados ojos, y un gemido  
emblema del quebranto  
exhale el pecho herido,  
que la vida Jesús por mí ha perdido!

Por mí, Cordero amado,  
por mí, que en el pecado concebido  
y amante del pecado,  
ingrato y desleal heme huido.

¿Y cómo alzar los ojos  
osaré a tu grandeza, si morados  
miro tus labios rojos,  
tus pies atravesados,  
tus cabellos de espinas coronados?

Tu rostro como el lirio  
cárdeno, ¡dulce bien! y tu mirada  
que empaña cruel martirio  
¡ay! por la muerte airada,  
¡caro amor! mi Jesús yace apagada!

Llorad, vírgenes puras,  
que esa sangre divina derramada  
el llanto de amargura  
a el alma enamorada  
arranca de dolores desgarrada.

¡Llorad, los inocentes  
que besáis de una madre el blando seno!

¡Llorad, viejos dolientes!  
que henchido de veneno  
su brazo armó el mortal contra el Dios bueno.

¡Y llora tú, alma mía,  
que expiró de tu amor la primavera,  
como la tarde fría  
aja la rosa, fiera!  
¡Cual la tórtola gime plañidera!

¡Jesús, bien adorado,  
Jesús, tú mi esperanza y mi consuelo!  
Tu pecho lacerado  
me cure ¡ay Dios! que anhelo  
ser alumbrado con la luz del cielo!

¡Ay! ¡dame la esperanza  
de que podré en un tiempo ser tu amado!  
¡Mayor placer no alcanza  
mi pecho enamorado,  
que verse en tu regazo recostado!

Cádiz, Abril 1846.

El toque de oraciones  
(Meditación)

I

Halla su tumba el sol en Occidente,  
tibia la luna, entre nocturno velo,  
dora las nubes del obscuro cielo  
con su modesta, luz.  
Y el religioso son de la campana  
que el aire rompe, el pueblo reverente  
oye, doblando con fervor la frente  
ante la santa cruz.

II

Del templo del Señor las anchas puertas  
paso dan a la turba silenciosa  
que encamina su planta temblorosa  
al bendecido altar.  
Allí el que sufre, a su pesar, consuelo  
halla, alentado por la fe sublime;  
allí entre llanto el corazón que gime

eleva su rogar.

### III

Quizás un ángel del Señor, querido  
guardián de las almas de este suelo,  
lleva en sus alas de color de cielo  
del hombre la oración.  
Hasta el trono de Dios raudo se eleva,  
del templo por las bóvedas cruzando  
a su paso las lágrimas secando  
que arranca la aflicción.

### IV

El rústico arador que en la llanura  
al tardo buey desunce del arado  
cuando contempla el sol tras el collado  
lentamente morir;  
al escuchar el bronce allá en la torre  
próxima de la ermita solitaria,  
en la tierra postrado, su plegaria  
hace al cielo subir.

### V

Y la sencilla esposa rodeada  
de su prole purísima, inocente,  
ruega a la vez piadosa y reverente  
por sus hijos a Dios.  
La angelical plegaria del infante  
tierna dirige con materno anhelo,  
y a la región de celestial consuelo  
van unidas las dos.

### VI

El místico clamor de la campana  
también penetra hasta el doliente lecho  
del que a gozar no alcanzará mañana  
de la aurora luz;  
y los fúnebres ecos que parecen  
del mundo su postrera despedida,  
predicen a su espíritu otra vida  
más allá el ataúd.

### VII

¡El toque de oraciones! ¡Cómo el alma  
inunda en celestial melancolía  
esa vaga, imponente melodía  
que llama a la oración;

cuando flotantes sombras por doquiera  
se extienden como densos nubarrones  
y un día ya dan fin las ilusiones  
del pobre corazón!

### VIII

¡Ah! ¿por qué ese sonido misterioso  
que en otras almas el fervor excita,  
al escucharlo con dolor agita  
mi pecho a su pesar?  
¿Por qué al orar, con desconsuelo,  
expira la oración en el labio balbuciente?  
¿Por qué pido a mis ojos llanto ardiente,  
y no puedo llorar?...

### IX

Suene otra vez la tétrica campana,  
¡ay, suene, sí! su funeral zumbido  
deja el ánimo mísero su mido  
en tristeza y dolor.  
Pero no cual del mundo la alegría,  
que estúpida le incita y desespera,  
que la campana con su voz severa  
el eco es en la región vacía  
de la voz del Señor!

Sevilla 26 de Octubre de 1848.

Poesías varias  
En Siberia

Quaquam iater adversus

Salva virtutes fama.  
(Tácito.)

I

Sólo contigo y con tu Madre Santa,  
Señor y Jesús mío,  
muevo al acaso la insegura planta  
por el páramo frío.

Cárcel mortal entre nevados cerros  
me dieron los tiranos,

porque osé quebrantar los viles hierros  
que arrastran mis hermanos.

A ti, postrada la rodilla en tierra,  
se alzó mi alma contrita,  
y el grito di de libertad y guerra  
que espanta al moscovita.

Hoces y arados en el yunque ardiente  
troqué en espada y lanza;  
pero en olas de sangre nuevamente  
se ahogó nuestra esperanza.

## II

¡Ay Polonia infeliz! Sólo veo ahora  
por tus campos desiertos  
cruzar la muchedumbre vencedora  
galopando entre muertos.

Mudo ya el bronce y del feral combate  
el vocerío inmenso,  
aún se oye el trueno del fusil que abate  
al mártir indefenso.

Al pie de los altares el pagano  
a tus hijas agarra,  
las azota con látigo inhumano  
y sus lutos desgarras.

Arrodillado sobre escombros ora  
el anciano doliente,  
y preguntando por sus padres llora  
el niño balbuciente.

¡Ay! que tanto dolor y la aspereza  
de mi destino impío,  
no turben de mi alma la entereza,  
¡no lo quieras, Dios mío!

Firme en tu fe y en el amor ardiente  
de mi patria querida,  
acabe entre estos hielos tristemente  
la miserable vida.

Mas no su amigo el déspota me llame,  
mi cuello unciendo al yugo;  
apriételo más bien con cuerda infame



a mano del verdugo.

Y antes que manche del perjurio el yerro  
mi lengua que te invoca,  
dura tenaza de encendido hierro  
la arranque de mi boca.

Madrid, 1855.

Impresa en el Florilegio de D. Juan Valera.

Despedida

Divit autem Dominus ad te tu

parces populum meum Israel, etc.

Lib. 2 Regnum, cap. 5, v. 2.

I

Nunca el incienso de mundana pompa  
pudo embriagar mi libre fantasía;  
jamás al eco de guerrera trompa  
uniose el eco de la lira mía.  
Nunca al que en brazos del poder dormido  
pide de vana admiración tributo  
mi canto consagré desvanecido  
por el aplauso, que interior gemido  
ahogué, arrancado por interno luto.

II

Fijé mis ojos en la edad pasada,  
quise en la historia descubrir su suerte,  
y en sus brillantes páginas, manchada  
la hallé con huellas de baldón y muerte!  
Cuando entre nubes de mortal renombre,  
quizás de fuerza superior ejemplo,  
vi de la turba levantarse un hombre;  
después escrito contemplé su nombre  
con llanto y sangre en orgulloso templo.

III

¿Por qué si agora en el poder te veo,  
canto, y mi voz tu dignidad pregona,  
y respetuoso con afán deseo  
una flor añadir a tu corona?  
Mas ¿cómo no ofrecer esta mezquina  
oblación de mi canto a quien el cielo  
por su sagrada voluntad destina  
a gobernar en la región del suelo

con la palabra del amor divina?

#### IV

Santo poder que la piedad ordena,  
que trueca el desaliento en esperanza,  
que del siervo quebranta la cadena  
sofocando sus ansias de venganza.  
Que al que en miseria y en pesar se agita,  
enjugando las lágrimas que llora,  
vuelve la paz del corazón bendita:  
que a todos con clemencia protectora  
siempre los golpes del dolor evita.

#### V

Que en vez de cetro o de temida espada  
báculo humilde a sus vasallos muestra;  
que en vez de sangre ajena, derramada  
se ve su sangre en la mortal palestra!  
Tal lo miramos el funesto día,  
cuando un pueblo rugiendo enloquecido  
blandió de muerte la guadaña impía,  
y del cañón el eco maldecido  
el pacífico hogar estremecía.

#### VI

Santo Pastor, con maternal gemido,  
acompañando su palabra pura,  
paz gritando, penetra decidido  
del humo espeso entre la noche oscura:  
sobre escombros y cadáveres sin cuento  
muestra la cruz cual fraternal bandera;  
tiñe también su sangre el pavimento,  
y va a mezclarse su oración postrera  
del combatiente al postrimer lamento!

#### VII

Gran dignidad que a la ambición ajena  
del mando evita el deslumbrante yugo,  
que resigna a la víctima a su pena,  
embotando el puñal de su verdugo.  
Que rompiendo sus lazos con la vida  
consagra a todos con ardiente anhelo  
su fe por el dolor robustecida,  
para el alma que lucha descreída  
la luz pidiendo y la piedad del cielo.

#### VIII

¡Ah, tú feliz que con misión tan santa  
ves tu virtud y tu saber premiado!  
Torpe mi voz se anuda en la garganta,  
mas palpita mi seno entusiasmado.  
Si fiel retrató la palabra mía  
no puede ser de lo que el alma siente,  
tú cuyo labio iluminó mi mente,  
comprende cuán la inflaman este día  
gozo sincero y gratitud ferviente!

IX

Si tu voz elocuente a otros lugares  
el bálsamo a ofrecer va del consuelo;  
si sagrado deber hoy de tus lares  
quiere arrancarte a venturoso suelo,  
un triste adiós mi seno conmovido  
darte quisiera que a formar no acierto.  
¡Ah! del Señor la bendición te pido  
implores para mí, que voy perdido  
del mar del mundo en el cambio incierto.

Sevilla 14 de Octubre de 1851.

Para el centenario de Cristóbal Colón  
La noche antes...

De alguna estrella el pálido reflejo  
que en las sombras resbala,  
roba a la muda obscuridad apenas  
incierta sombra humana.

Desde un balcón del santo monasterio  
la vista en el mar clava,  
y otra vez como al peso de una idea  
la frente al suelo baja.

Pasa por ella la nerviosa mano,  
cual si la nube aciaga  
de negras dudas y de viles miedos  
desechar intentara.

Mas no teme del viento y de las olas  
a la implacable saña,  
su doble furia el ánimo sereno  
arrostrará, mañana.

Sólo teme el abismo tenebroso  
donde en hora menguada  
pudiera dar el desengaño impío  
sepulcro a su esperanza.

Por eso acaso, trémulas las manos  
sobre el pecho cruzadas,  
de la oración el místico murmullo  
entre sus labios vaga.

Y convertida en ignoradas tierras  
juzga entonces la celda solitaria,  
porque su ruego acoge sonriente  
la Virgen de la Rábida.

Madrid, julio 1892.

En el álbum del asilo de Santa Cristina  
Su mano pálida y mustia

tiende a nosotros el pobre,  
algo de lo que nos sobre  
pidiéndonos con angustia.

Y al socorrer cada día  
su desamparo y su pena,  
¿quién no siente el alma llena  
de silenciosa alegría?

De gozar tal emoción,  
que nuestro ser ennoblece,  
esta casa nos ofrece  
hoy la feliz ocasión.

Que aquí cristiana piedad  
acoge consoladora  
la vejez abrumadora,  
la solitaria orfandad,

y aun el tormento mayor  
de quien vigoroso y sano  
demanda trabajo en vano  
con reprimido furor.

Venid, pues, los que por suerte  
ignoráis el cruel afán  
del que sin techo y sin pan  
pide descanso a la muerte.

A remediar tanto duelo  
venid, ¡y habréis conseguido

el amor del desvalido  
y la bendición del cielo!

En un álbum

María, cuando pises del Báltico la orilla,  
si vuelves hacia España tus ojos con temor,  
las horas recordando, perdidas para siempre,  
en que el paterno beso tu frente acarició;

Si turba tu mirada de lágrimas un velo  
y acaso murmurando tu labio una oración,  
tan sólo en esta tierra donde osciló tu cuna  
la losa de un sepulcro descubre tu dolor;

Recuerda que aquí mismo con pura simpatía  
alguna mano amiga tus manos estrechó;  
y de tu triste padre guardando la memoria  
la de tu patria ausente recuerda con amor.

Madrid, 1881.

En la tarjeta postal de la fiesta de caridad de Cádiz

De las azules ondas surgió en lejanos días,  
brindando su hermosura fugaces alegrías  
la diosa del amor.

De las azules ondas hoy surge otra belleza,  
que en gozo inunda el alma, brindando su pureza  
consuelos al dolor.

Si de las griegas costas, las verdes arboledas  
conservan aún el eco de las canciones ledas  
de ardiente juventud,

La roca gaditana conservará en sus senos  
los ayes del que sufre, de bendiciones llenos  
y tierna gratitud.

Cádiz, 1906.

En el álbum de S. A. R. La Srma. Infanta D.<sup>a</sup> Paz de Borbón  
Con motivo de su enlace

Pronto la mar y la encumbrada sierra

te apartarán, señora,  
de esta que juzgo venturosa tierra  
al poseerte ahora.

Quiera Dios que en la patria que te brindan  
deber y amor unidos  
a tu virtud los ánimos se rindan  
como aquí están rendidos.

A embellecer el extranjero suelo  
te lleva la fortuna;  
no te olvides en él del puro cielo  
que cobijó tu cuna.

En un álbum

Como la diosa del amor nacida  
del mar azul entre la blanca espuma  
envuelta en manto de aromosas flores  
sobre las ondas se adormece Cuba;

Allí a la luz de transparente cielo  
la palma alegre sombreó tu cuna,  
y hoy reflejan sus ramas tristemente  
charcos de sangre que el incendio alumbra.

¡Ay! cuando ahora ruborosa inclines  
tu frente, del amor a la coyunda,  
y al recibir la bendición sagrada  
dicha imploras llorando de ternura;

Pide también a Dios que pronto aleje  
de ingratos pechos la ambición ilusa,  
y llore en brazos de su madre España  
el dulce llanto del consuelo, Cuba.

Madrid.

En una tarjeta postal  
A Sevilla

Como entre las densas nubes  
que el sol moribundo baña,  
imagina el navegante

ver la costa abandonada,  
verte imagino, Sevilla,  
¡siempre hermosa, siempre amada!  
a la luz de los recuerdos  
en la noche de mi alma.

Madrid, Agosto 1902.

En un abanico

Al pie de los montes, besando sus flores  
hoy gimen las olas,  
acaso mañana, sus cimas asalten  
rugiendo espumosas.  
Así las corrientes del mar de la vida  
alteran las horas;  
¡Dios quiera que nunca sus fieras borrascas  
tú, Carmen, conozcas!

San Sebastián, Septiembre 1883.

En un álbum

A Delfina, a María, a Josefina...

Cuando en tu boca rosada  
clavando tu madre un beso,  
de tus párpados el peso  
roba todo a tu mirada.

Y calla todo ruido  
y doblas tu blanca frente  
y una sonrisa inocente  
vaga en tu rostro dormido.

¿No te parece escuchar  
voz tan dulce, tan suave,  
que no hay en los cielos ave,  
que la consiga imitar?

¿No crees ver un jardín lleno  
de flores, pájaros, fuentes?  
¿Unas alitas no sientes  
rozar blandas con tu seno?

Ángela, Andrés, Agustina,  
son ángeles que del cielo  
cuanto sucede en el suelo  
ven con sonrisa divina!

Aunque lejos te parecen,  
a tu lado siempre atentos,  
si eres buena, están contentos  
y cuando no se entristecen.

Tú que con pena y amor  
les viste a los cielos ir,  
¡hazlos siempre sonreír!  
¡nunca les causes dolor!

#### Soneto

Muerto está el corazón: ¡ni aun el suspiro  
exhala del dolor! Mustio, cansado,  
enmudece el laúd, desesperado  
fastidio y soledad do quiera miro.

No con sueños poéticos deliro;  
no suspira mi pecho enamorado,  
¡quisiera descansar! sí, que abrumado  
me siento por el aire que respiro.

Ya no puedo cantar, ¡adiós, mi lira!  
tú que de mis ensueños y dolores  
el eco fuiste, queda abandonada!

Si pronto el plazo de mi ser expira,  
tus vibraciones de pesar y amores  
repite en torno de mi tumba helada.

Sevilla, Mayo 1849.

#### En la muerte de Lincoln

No sobre el campo del honor caído  
ni de banderas bélicas cubierto,  
dejó a ese cuerpo ensangrentado y yerto  
su espíritu inmortal nunca rendido.

Del lauro ya del vencedor ceñido  
la ambición y el rencor en vil concierto,  
con golpe aleve le postraron muerto,  
la desgracia infamando del vencido.

Mas la mano del bárbaro homicida,



nuevo triunfo a los triunfos eslabona  
con que ilustró su generosa vida.

¡Que llora el mundo su fatal partida,  
y brilla más que la imperial corona  
la noble sangre de su frente herida!

Impresa en el Florilegio de D. Juan Valera.

Al año 1855

Soneto

Atrás te deja el tiempo en su carrera,  
del olvido a la tumba te avvicinas,  
y cargado de muerte y de ruinas  
la misteriosa eternidad te espera.

Un año nuevo con sonrisa fiera  
alza la frente cuando tú la inclinas,  
y cual tú de esperanzas peregrinas  
fecundiza del hombre la quimera.

¡Un año más en el que sangre y llanto  
verterá persiguiendo a la ventura!  
¡Un año más que pasará muy pronto!

Y en el que yo que filosofo tanto  
es posible que siga en la locura  
de estar enamorado como un tonto.

31 Diciembre.

A una señora al recibir una pintura de su mano que representa el sepulcro de Virgilio  
Magia fue de tu voz, bella Condesa,  
que imaginase respirar mi pecho  
las armoniosas auras que acarician  
los pinos de Sorrento.

Magia fue de tu voz; de ella pendiente  
vi, de la luna al pálido reflejo,  
bajo el puente fatal de los suspiros  
remar al gondolero.

Un hombre vi por solitarias plazas

triste vagando, y murmuraba el eco:  
¡no, no hay dolor cual recordar la dicha  
en miserable tiempo!

Desgarrando el sudario de los siglos,  
de hervida lava la prisión rompiendo,  
crucé desiertas y olvidadas calles,  
vi palacios y templos.

Del Circo vi la ensangrentada arena,  
los perfumados baños, y los juegos  
y alegres danzas en que Amor ceñía  
las rosas de Lieo.

Hoy no es la magia de tu voz: tu mano  
lleva mi alma, por encanto nuevo,  
a contemplar, devoto peregrino  
de Posílipo el cerro.

Allí, en la tumba del gentil poeta,  
de su canto renace en mí el recuerdo,  
y con él, de ilusiones que volaron,  
purísimo reflejo!

¿Cómo así logra reanimar la magia  
de tu mano y tu voz lo que ya ha muerto?  
Mas ¿qué no lograrás, bella Condesa,  
con tu gracia y tu ingenio?

Al Sr. D. Alberto Lista

Lo que puedo te doy, y lo que he

dado

con recibillo tú, yo me enriquezco.

Garcilaso, Égloga 3.<sup>a</sup>

Vuela del Betis a la hermosa orilla

mustio dejando el suelo gaditano,  
vuela, rasgando la cortante quilla  
la dilatada espalda de Océano:

Y al contemplar las cristalinas fuentes  
que la ribera bética amenizan,  
mira pasar las rápidas corrientes  
que en la arenosa playa se deslizan.

Torna los ojos, las verás bramando  
en el profundo piélago lanzarse,  
y con el fiero Noto reluchando

en los muros de Gades estrellarse.

Gades, sí, Gades, la ciudad hermosa  
que hoy afligida tu partida siente,  
y entristecida con la faz llorosa  
sólo un recuerdo implora de tu mente:

Dulce recuerdo que alegrando el alma,  
blandamente halagüeño nos sonría,  
y que devuelva la perdida calma  
a la ardiente, alterada fantasía.

Que no te olvidan, no, los que amoroso  
les mostraste la senda del saber,  
y de la ciencia el faro luminoso  
Atla billantc les hiciste ver.

En imitarte cifran su ventura,  
y tan sólo pretenden alcanzar  
que algún destello de tu antorcha pura  
venga un día sus mentes a alumbrar.

De ellos te acuerda cuando vida nueva  
des con tu ciencia al mísero mortal,  
mientras el alma su cantar eleva  
del Creador a la esfera celestial,

Y ruega ansiosa que tu vida amada  
se digne largamente conservar,  
en tanto que la fama entusiasmada  
se prepara tu nombre a eternizar.

9 de Mayo de 1844.

En la muerte de la célebre artista Doña Josefa Valero

Antes que oculte la funesta losa  
ese caro cadáver, un momento  
permitid que a su vista dolorosa  
dígame adiós, mi amargo sentimiento.

Sí; como yo también todos de llanto  
sentís el noble corazón henchido;  
a todos de su acento hirió el encanto  
¡ay! todos para siempre la han perdido.

.....  
¿A quién encierra ese ataúd estrecho?  
¡Ya no es ella! ¡sus ojos sin mirada!  
¡del muerto corazón tumba es su pecho!  
¡yerta la voz en su garganta helada!

¡Y hace poco vibrando seductora  
arrastraba las almas; y esplendente  
ha poco vimos en felice hora

la luz del genio en su modesta frente!

¡Ya todo se acabó! sordo su oído  
está de los aplausos al arrullo;  
¡ni aun del rezo sentir puede perdido  
entre fúnebres ecos el murmullo!

¡Ya todo se acabó! Joven y hermosa  
la asió la muerte en sus fatales brazos,  
cual madre tierna, como casta esposa,  
aquí dejó del corazón pedazos.

También dejaba como artista un mundo,  
sueños en él abandonó de gloria;  
él hoy la llora con dolor profundo,  
él levanta un laurel a su memoria.

Y a este tributo, a la oración, al llanto  
¡inmóvil yace en espantable calma!  
¡Ay! ¿dónde fue del sentimiento santo  
el noble fuego? ¡A la región del alma!

Sí; yo escucho una voz que nos lo grita:  
no todo acaba aquí, ya en la presencia  
de Dios, grande su espíritu se agita,  
y el misterio alcanzó de la existencia.

Con desdén compasivo ya del suelo  
verá las glorias y el renombre vano...  
si ángel nos mira desde el alto cielo,  
a ella se eleve el corazón cristiano.

Sevilla 12 de Marzo de 1851.

A la muerte del poeta Arolas

Requiescat in pace. Amen.

Cruza velado por flotantes nubes

el astro de la noche su carrera,  
y trémula en un mármol reverbera  
su misteriosa luz;  
un sepulcro es reciente; aun removida  
no da la tierra funerarias flores,  
sólo alumbran los pálidos fulgores  
una bendita cruz:

Símbolo de dolor y de esperanza  
ella declara que en descanso inerte  
allí reposa un ser, y por su suerte  
demanda una oración;  
el que, hincando en el polvo la rodilla,  
por ella implora con piedad ferviente,

de pura gratitud un eco siente  
herir su corazón.

Remeda el mar los cantos funerales  
estrellando sus olas en la piedra,  
salpicando tal vez la obscura yedra  
que reviste el ciprés;  
el cimbrando su fúnebre penacho  
por cima los sepulcros entreabiertos,  
de la ciudad ahuyenta de los muertos  
los mundanales pies.

¿Qué se encierra debajo aquesa losa?  
un cuerpo que abrigaba un alma inquieta,  
él era un genio ayer, era un poeta;  
¡hoy es polvo no más!  
Un rayo vio de inspiración divina  
el hombre relucir sobre su frente,  
sobre ella el gusano hoy lentamente  
su cuerpo arrastrará.

¡Y está sólo el sepulcro! acaso un ave  
hasta él conduce su volar perdido,  
lo saluda al pasar con un gemido  
y sigue con ardor;  
del dudoso crepúsculo las brisas  
lo acarician también con blando arrullo  
mientras el Turia en su lánguido murmullo  
le prueba su dolor.

Mas ni una voz del funerario hueco  
contesta, ni demanda ni un tributo;  
aterrador silencio aumenta el luto  
de tan triste lugar!  
Ni una señal que indique al pensamiento  
cuál será de su espíritu la suerte.  
¡Qué de la llama fue, que ni a la muerte  
le es dado sofocar?

¡Silencio! ¡en el misterio de las tumbas  
la eternidad esconde su destino!  
húndete pensamiento en el mezquino  
lugar de corrupción.  
Tus atrevidas alas impotentes  
al alzarse aumentaron tu caída,  
confúndete, ya está desvanecida  
tu orgullosa ilusión.

Quiera un descanso a su afanosa vida  
haber piadoso concedido el cielo,  
y trocado sus horas de desvelo  
    en horas de quietud!  
Su alma arrebatada del delirio,  
su corazón prensado de tristeza...  
¡Cuánto posar ansiara su cabeza  
    sobre el negro ataúd!

En él está la paz; allí cerrado  
al mundano rumor duerme el oído;  
no se siente el fastidio maldecido  
    que acompaña al placer;  
no hay lágrimas ni risas, no; la mente  
claro su porvenir a ver alcanza,  
no flota entre la duda y la esperanza  
    condenada a creer.

¡Ah, no lloréis por él! nada ha perdido!  
fue un arpa; con sus dulces vibraciones  
arrobó de placer mil corazones...  
    el arpa se rompió:  
mas al saltar sus cuerdas, respetoso  
el aire, embebecido en su armonía,  
las notas de su vaga melodía  
    en sus alas guardó!

Recogedlas, guardad esas canciones  
ecos tal vez del corazón doliente,  
tal vez hermosos sueños del Oriente,  
    que nos hablan de amor;  
del corcel galopando entre la arena,  
de la sangrienta lanza del guerrero,  
del amoroso canto lastimero  
    del viejo trovador.

¡Guardadlas sin llorar! ¿qué le esperaba?  
¿más laureles ceñir a su cabeza?  
su sombra que hermosea, da tristeza,  
    sus hojas muerte dan.  
Deslumbra con su brillo una corona.  
¡Bella mentira que adornando mata!  
Su tronco envenenó la turba ingrata  
    con envidioso afán.

¡Duerme, Arolas en paz, duerme y perdona

al que atrevido en tu sepulcro canta!  
ahogar la voz quisiera en mi garganta  
    que el mármol profanó.  
Porque el labio mundano callar debe  
en el alcázar de las tumbas santo;  
mas no altera tu paz mi débil canto...  
    ¡ya el viento lo llevó!

Sevilla, Enero de 1850.

## El canto del labrador

I

    Ya suena la campana del cortijo  
llamando a descansar; en los rastrojos  
canta la alondra, entre celajes rojos  
    su luz oculta el sol.  
Cesa el trabajo, hacia el caliente establo  
camina el buey con paso perezoso,  
mientras el ganado agrúpase medroso  
    en torno del pastor.

II

Vamos a descansar; pero el silencio  
sublime que el crepúsculo derrama,  
la oración interrumpa que reclama  
    la Madre de Jesús.  
Sí; descubierta la sudosa frente,  
las rodillas en tierra, nuestro acento  
suba a ella, que el pobre pensamiento  
    bañará con su luz.

III

Ella, Madre amorosa, nuestros pasos  
irá guiando por la angosta senda,  
hasta el umbral donde la dulce prenda  
    de nuestro casto amor  
esperará anhelante que lleguemos  
de nuestros hijos con afán cercada:  
ya la frugal comida preparada  
    del hogar al calor.

IV

Es el moreno pan a nuestra boca  
rico manjar porque el Señor lo envía;  
de los niños la cándida alegría

nos llena de placer.  
Y las caricias de la tierna esposa  
que nuevo ser de nuestro ser recibe...  
goces que el hombre que en el mundo vive  
no puede comprender.

V

Consérvame, Señor, mi humilde lecho  
donde encuentran mis miembros el reposo,  
donde recibo el beso pudoroso  
que bendijiste tú.

Donde en los brazos de tranquilo sueño  
serena se adormece el alma mía,  
hasta que llama a mi ventana el día  
con su rosada luz.

La casa del Campillo  
[Nota]

Fatale exitium corde durato feram

Donec fortunam criminis pudeat sui.  
Fedro.

.....  
.....

Hora tras hora, que el dolor alarga,  
miro pasar bajo mi angosto techo,  
treguas pidiendo a mi fortuna amarga.

¡Sin pan las prendas de mi amante pecho!  
¡Del hambre por la sorda mordedura  
yo vencido también a mi despecho!

En vano en el papel fijo insegura  
mi mano por el frío entumecida;  
que más la mente que la noche, oscura,

ni una chispa, del cielo bendecida,  
produce que liberte al pensamiento  
de la angustiosa cárcel de mi vida.

En infecunda postración lo siento,  
por ásperas verdades amarrado,  
agriar con la memoria mi tormento.



Ella el tiempo revive en que alentado  
a toda noble empresa, juzgué loco  
que dicha y glorias me guardaba el hado.

Por ella el día perdurable toco,  
cuando a salvar a Europa apercebida,  
inflama España de la guerra el foco:

El humo de la pólvora encendida  
robaba al aire su lugar; sus olas  
bañó en sangre la mar, enmudecida

de respeto a las armas españolas,  
y allí, con sangre de mi noble herida  
yo esmalté sus triunfantes banderolas...

También la hora de zozobra llena,  
renueva, en que pensaba en mortal hierro  
convertir del cautivo la cadena;

Muy más atento que a romper mi encierro,  
a clavar por mi rey la cruz divina  
de la africana costa sobre el cerro.

El torpe miedo y la traición mezquina  
truecan en aire y bárbaro castigo  
la ilusión de mi hazaña peregrina;

Y yo la vida rescatar consigo  
porque el hacha apartó de mi cabeza  
secreto amor que morirá conmigo...

¡Ay! ¿Cuál el premio fue de la nobleza  
conque una y otra vez busqué la muerte,  
de mi patria y mi fe por la grandeza?

¡Grosero olvido y menosprecio advierte  
siempre y doquier mi espíritu cansado,  
a quien se afana por rendir la suerte!

Mas no será: si el lauro codiciado  
a mi valor se niega, no abatido  
la frente doblaré, sí resignado.

.....  
.....

Ya de la aurora el rayo apetecido  
al cielo vuelve su color, e inflama

con nueva vida al mundo adormecido.

Como su hermosa y apacible llama,  
de las tinieblas vencedora, vierte  
luz y alegría en cuanto vive y ama,

rompiendo así las sombras de la muerte,  
quizá en un tiempo la memoria mía  
vengará los agravios de la suerte...

¡Si ya se acerca el suspirado día,  
de mis lloradas culpas el delirio  
quiera Dios perdonar en mi agonía  
y pagar con su amor tanto martirio!

El Romancero de la Guerra de África  
Romance XV

Bombardea la escuadra los puertos de la Ría

Tarde y perezosamente  
rasga las sombras espesas  
de la noche el turbio sol,  
que el soplo de Enero hiela;  
mas de la africana costa  
entre lo obscuro clarean  
ya los peñascos cerros  
que esclavas las olas besan.  
Entre impaciente y dudoso,  
el alma en los ojos puesta,  
el marinero español  
los descubre entre la niebla.  
Al verlos redobla inquieto  
su entusiasmo en la faena;  
y cuando el fulgor del alba  
pudoroso luce apenas,  
ya bañándose en espuma  
la volteadora paleta,  
ya horadando el agua el hélice,  
ya henchida la blanca vela,  
a combatir aprestada,  
el mar que surca hermosea  
la noble escuadra española,  
que a todo trapo navega.

¡Qué gozo brilla en los ojos,  
qué afán el ánimo alienta  
del marino, ya en sus manos  
viendo encendida la mecha!  
Por santa envidia mil veces  
combatida su alma inquieta,  
vencer y morir con gloria  
vio a sus hermanos en tierra.

¡Qué bien del noble Bustillos  
hoy la voz se lo recuerda!  
«¡Allí las huestes del moro  
segaron sus bayonetas!  
¡Allí vertieron su sangre  
por la Patria y por la Reina!  
¡Que por la Reina y la Patria  
hoy se derrame la nuestra!»

Sacude el viento las jarcias,  
la ola el costado golpea,  
se escapa el vapor rugiendo,  
cruje la nave, y se mezclan  
al pito y a la bocina  
voces que el viento se lleva,  
formando un rumor confuso,  
imponente, que se eleva  
ya como oración grandiosa,  
ya como clamor de guerra.

En la boca de la ría,  
de la línea a la cabeza,  
la capitana del fuerte  
a los huecos bronce reta.  
En vano llama al combate;  
el preñado cañón truena  
sobre la oscilante tabla,  
lanza el estrago, y deshecha  
la nube de humo, impasibles,  
mostrando entre las almenas  
apagados los cañones,  
a los fuertes se contempla.  
Como gigantes cadáveres  
yacen en la orilla; prueba  
nuestra gente una vez... otra  
a despertarlos... ¡Empresa  
inútil! a nuestras balas  
ninguna bala contesta.

Quien del ansiado combate  
ve la esperanza deshecha,  
«¿por qué no tiene valor?»  
dice, abatida la diestra.  
«¿Sólo con la mar y el viento  
mi lucha ha de ser eterna?  
Si Dios lo quiere, si así  
sólo en holocausto acepta  
nuestras vidas por España,  
¡oh! ¡que de nuevo por ella  
arroje el agua insepultos  
nuestros cuerpos a la arena!»

Y así diciendo, a las lanchas  
la gente se arroja, rema,  
corta el bote de la ría  
la virgen corriente; llegan  
al fuerte, escalan el muro,  
en su recinto penetran,  
y en vez de ronca amenaza,  
en vez de triste querella  
suplicante, sólo hiere  
su sentido la voz hueca  
del eco, que temeroso  
zumba en las cuadras desiertas.  
La soledad y el espanto  
allí cual señores reinan,  
borrando del fugitivo  
las mal estampadas huellas;  
y en las mudas baterías  
desplegada al aire ondea  
sobre el africano muro  
del español la bandera.

¿Por qué alegre vocerío  
del Norte a la parte suena?  
¿Quién de la playa a las rocas  
con planta impaciente trepa?  
Ya los rápidos transportes,  
ya la escampavía ligera,  
una y otra vez remolcan  
cargadas lanchas a tierra;  
y al pisarlas los que vienen,  
a España la vista vuelta,  
con una triste sonrisa  
la saludan y se alejan.

Tal vez al paso que el aire  
la marcial música llena,  
va un sofocado suspiro  
volando a la orilla opuesta;  
tal vez la mano que pronto  
rayo será en la pelea,  
entre airada y temblorosa  
húmedos ojos restriega;  
tal vez de una voz querida  
el viento imita la queja;  
tal vez al paso se oponen  
fantasmas calenturientas:  
el tierno niño llorando,  
que las rodillas aprieta  
del padre; la casta esposa  
que sin respirar le alienta;  
la madre que por vez última  
bendice al hijo y le besa;  
la amante virgen que a solas  
con lágrimas por él reza.

Pero al descubrir al lejos  
en los picos de la sierra  
de las mal enjutas armas  
el brillo, al mirar de cerca  
los atezados semblantes,  
que largas barbas sombrean,  
y los honrosos girones  
del poncho, que mal recelan  
de la bala y la gumía  
las ensangrentadas huellas,  
el bravo general Ríos  
clama a los suyos: «¡Que sean  
para ellos estos recuerdos  
que nuestros almas penetran,  
aliento que los anime,  
oración que los defienda!  
¡Sus! como a ellos, soldados,  
pensemos que nos esperan  
aquí el deber y la honra:  
¡Allá por nosotros ruegan!  
¡Sus! ¡Al combate!-¡Al combate!  
Estremecida la sierra  
repite, y los batallones  
marchan alegres con nueva  
sangre a ennoblecer el suelo

que bajo las plantas tiembla.

Ocupados ya los fuertes,  
se oyen rechinar las cuerdas  
y dan crujidos las cabrias  
que a los morteros sustentan.

El temido tren de sitio  
baja formidable a tierra  
y en formas mil la victoria  
y la muerte en él se encierran.  
Ya los salvadores puentes  
todo recelo desechan  
de que estorbar nuestro paso  
ningún obstáculo puedan.  
Ya del hendido cañón  
la angulosa boca muestra  
hambre de despedazar  
las enemigas trincheras.  
Ya el serpenteante cohete,  
parece que ansioso espera  
la chispa para volar,  
dispersando la agarena  
masa de negros jinetes,  
como huracán hojas secas.

¡Ah, Tetuán infelice!  
que verás pronto contempla  
amenazantes reductos  
brotar en tu verde vega;  
cual trailla de lebreles,  
que al cohibido tigre cerca,  
irán cercando tus muros  
hasta abrazarse a tus piedras.  
Pronto de inflamados globos  
serán tus mezquitas presa,  
montón de escombros tus casas,  
y tu laguna sangrienta!  
¡Ah, Tetuán infelice!  
No opongas loca defensa  
contra la mano de Dios  
que tus errores condena.  
Luz de verdad para el alma,  
condición que te ennoblezca,  
los que enemigos juzgaste  
hoy, pobre ciudad, te llevan.  
¿Por qué, por quién de tus hijos

hoy tantos muerden la tierra?...  
No tiene patria el esclavo;  
no adora en Dios quien la afrenta.

A una fuente

I

Resbalando entre arenales

¡pobre fuente!  
vas, tus puros cristales  
nunca riza suavemente  
aura dulce embalsamada  
con la aroma de las flores,  
que tu orilla abandonada  
no sonrío matizada  
con sus vívidos colores.

II

Mustia yerba sólo crece  
también triste.  
Sobre ti el llorón se mece  
y de sombra el margen viste,  
y la tórtola quejosa  
acompaña tu murmullo  
con su cántiga llorosa,  
a algún ave más dichosa  
alejando con su arrullo.

III

¡Ah! ¡Sin flores y sin aves  
que su pluma  
sumerjan en los suaves  
blancos copos de tu espuma!  
¡Oh fuente, siempre has de estar  
en este desierto sola!  
¿Por qué llegaste a brotar?  
para ir al Piélagos a hallar  
un sepulcro en cada ola?

IV

Pero no, cuando cansado  
el caminante,  
arrástrase fatigado,  
tardo el paso y vacilante;  
cuando oprimido su seno,  
el calor, ronco maldice,

si ve tu raudal sereno,  
¡de cuánta delicia lleno  
su corazón te bendice!

V

El árido labio aplica  
a tu corriente,  
su seco ardor dulcifica  
y respira libremente;  
en tu orilla recostado  
su frente tostada moja,  
y en tu frescura embriagado  
su cuerpo débil, postrado,  
en brazos del sueño arroja.

VI

¡Cuán benéfica es tu vida  
silenciosa!  
Fuente entre arenas perdida,  
tan humilde como hermosa.  
¡Cómo el claro azul del cielo  
refleja tu linfa pura!  
¡Cómo resbalas obscura  
dulce raudal de consuelo  
escondido en la llanura!

VII

¡Cuán dichosas emociones  
a mi alma,  
que contristan las pasiones,  
dan tu amor, tristeza y calma!  
Deja en tu orilla me siente,  
y de recuerdos fatales  
abrumado tristemente,  
con una lágrima aumente  
tus purísimos raudales.

Sevilla, 6 Enero 1851.

Alcalá de Guadaira

I

El sol no lanza sus rayos

que cenicienta lo cubre  
espesa niebla, que el viento  
hace en bellones se agrupe.



Rozando en la seca arena  
las veloces ruedas crujen  
y la campiña y los bosques  
de mi vista ansiosa huyen.

Tal vez las blancas paredes  
de una casa se descubren  
que en la arboleda internada  
los ramajes la confunden.

De la tosca chimenea  
el humo hasta el cielo sube,  
que al remontarse en la atmósfera  
del aura el soplo desune.

¡Aventurado recinto!  
¡Cuán feliz el que se oculte  
en él, evitando el mundo  
que la existencia consume!

Allí no verá temblando  
quedar el crimen impune,  
ni la inocencia ultrajada  
llorar su perdido lustre.

Allí no verá al mendigo  
que sucios harapos cubren,  
pedir pan en su miseria  
sin encontrar quien le escuche.

Allí verá cuando el sol  
va derramando sus luces,  
de su Dios la omnipotencia  
que doquiera se descubre.

Horas de dicha le esperan,  
sin que jamás la perturben  
desengaños ni ilusiones  
que el corazón de hiel nutren.

Verá las flores abrirse  
que aroma grato difunden,  
mientras los tallos movidos  
por los céfiros ondulen.

Y cuando canoras aves  
se remontan a las nubes  
esparciendo suaves trinos  
por los espacios azules,

él su canto alzará a Dios,  
escuchando sólo, dulce,  
el balido de la oveja  
que a sus cantares se une.

Mas en la alzada colina  
la antigua Alcalá descubre  
los macizos murallones

de su castillo; al empuje  
de los destructores siglos  
resistieron, y aún hoy lucen  
sus torres de árabe almena  
que asombro al ánimo infunden.

Del cerro en la verde cresta  
altivo se ostenta, y ruje  
el viento en el hueco espacio  
de sus aposentos fúnebres.

Sólo en la cima del monte  
a sus pies sonoros bullen  
los cristales del Guadaira  
que mil molinos circuyen,  
sembrados en la pendiente,  
pintándose en las azules  
aguas del río, que sereno  
surcado de rosas fluye.

## II

El castillo. Al mirar sus torreones  
por la mano del tiempo ennegrecidos,  
al contemplar sus gruesos murallones  
a trechos en el polvo confundidos:

Sus anchos patios al mirar desiertos  
por do cruza algún ave solitaria,  
al ver sus calabozos descubiertos  
pavorosos cual losa funeraria.

Allí labrados en la tierra oscura  
donde acaso el cristiano entre cadenas  
las horas arrastró de su clausura,  
¡horas de luto y de esperanza llenas!

Al ver sus escaleras carcomidas  
que agora huella mi profana planta,  
sus bóvedas, do se oyen repetidas  
las dulces notas del pastor que canta:

Desnudo contemplar del centinela  
el cubo defensor de la muralla  
de do acechaba en cautelosa vela  
al valiente enemigo en la batalla:

Los arabescos al mirar gentiles  
con el húmedo musgo entrelazados  
por la baba tal vez de los reptiles  
sus brillantes colores empañados.

Y el torreón aislado, do la mora  
saludó con su canto la mañana,  
su cabeza asomando encantadora  
por el hueco alfeizar de la ventana:

Verlo roto, de cuervos la manida  
que hallan su nido entre la tosca piedra  
por la mano del tiempo revestida  
con verdes ramos de rastrera yedra.

Extraña conmoción el alma siente  
tanto estrago al mirar, tanta ruina,  
tanto recuerdo del poder luciente  
que a otro tiempo de gloria me avecina.

Ver me figuro acaso de la luna  
a la lumbre fantástica y serena  
en su alquicel envuelto a la moruna  
al soldado apoyándose en la almena.

Brilla su lanza por la luz herida  
y se agita con trémulos reflejos,  
cuando observa con faz descolorida  
los cristianos que avanzan a lo lejos.

Los bravos adalides castellanos  
cabalgando sus potros andaluces,  
el duro hierro en las nervudas manos,  
ciñendo el pecho las triunfantes cruces;

Latiendo sus guerreros corazones  
bajo la malla que su seno abruma,  
sujetan el furor de sus bridones  
que mojan el pretal de blanca espuma.

Grita el soldado con cobarde anhelo  
¡al arma! retumbando en el castillo  
su grito aterrador, y caen al suelo,  
las pesadas cadenas del rastrillo;

Paso presta a los árabes guerreros  
que llenos de coraje y valentía  
pueblan con gritos de venganza fieros  
las mudas sombras de la noche fría.

De la yegua el ijar hiere la espuela  
y el jinete observando al enemigo,  
hacia la muerte o la victoria vuela  
invocando al Profeta por testigo.

Y se encuentran. Los ecos de la sierra  
repiten el clamer de la batalla...  
tal vez en medio de estruendosa guerra  
todo en silencio pavoroso calla:

Sólo se escucha el golpe repetido  
del acero que embota la armadura;  
o el acento de muerte dolorido  
del que encuentra entre flores sepultura.

El caballo cadáveres hollando,  
fuego arrojando su nariz relincha,  
bufa herido y feroz carbeteando

salta en pedazos la apretada cincha:

Y el mísero jinete derribado,  
moribundo, recuerda tristemente  
a la madre, a la esposa, al adorado  
hijo, que deja en orfandad doliente!

Quizás elevan su oración al cielo  
mientras la muerte arrebatarle mira,  
pero muere feliz, tendrán consuelo  
¡que por su Dios y por su patria expira!...

Sigue el combate destructor en tanto,  
mas al brillar el sol, nuncio de gloria,  
huye el moro vencido con espanto,  
coronando al cristiano la victoria.

### III

¡Ah! Pronto la fantasía  
cae de su vuelo perdido,  
y sólo ve  
del tiempo la furia impía,  
tristes restos que atrevido  
huella el pie.

Esqueleto gigantesco  
de pujante fortaleza  
que cayó,  
¿por qué al mirarte enloquezco  
recordando tu grandeza  
que pasó?

¿Por qué mis ilusos ojos  
piensan con locas ficciones  
ir hallando  
en tus míseros despojos  
hermosuras, campeones  
batallando?

¡Si miran después ruinas  
silenciosas e imponente  
soledad,  
si sus creaciones divinas  
destruye la indiferente  
realidad!

¡Ah! También quizás un día  
las edades venideras  
podrán ver  
convertirse en nada fría  
las moradas altaneras  
del poder.

¡Alcázares relumbrantes  
en el polvo sepultados

se verán!

Huye lejos de mi vista  
recinto de la amargura  
y desconsuelo;  
que tu aspecto me contrista  
y quiero entre la espesura  
hallar consuelo.

Aquí donde clara fuente  
por los chopos resguardada  
del calor,  
va regando dulcemente  
con música regalada  
a la flor.

Aquí donde se respira  
de los nardos el aroma  
y del clavel,  
do la tórtola suspira  
y por las ramas se asoma  
del laurel.

Donde el jazmín y la rosa  
crecen al par del tomillo  
y del cantueso;  
donde la adelfa olorosa  
encorva el junco amarillo  
con su peso.

¡Cuán grata melancolía  
pacífica inunda el alma  
recordando  
las horas en que veía  
ir su vida en pura calma  
deslizándose.

Horas en que el casto beso  
de una madre consolaba  
su aflicción,  
o las que en amante exceso  
en el mundo hallar pensaba  
un corazón.

#### IV

¡Riberas del Guadaira, sombrosas alamedas  
de fresnos y de sauces que el agua circundáis,  
que de las blandas auras que os acarician ledas  
las alas bullidoras graciosas perfumáis!

Dejadme que penetre bajo el obscuro techo  
que vuestros ramos forman en caprichosa unión,  
y no extrañéis que acaso solloce el triste pecho,  
que al ver vuestra hermosura se oprime el corazón.

Yo miro en vuestras calles oscuras y sombrías  
recinto sacrosanto de espiritual amor,  
donde pasar dos almas los azarosos días  
en éxtasis amante ajenos al dolor.

Por eso cuando os miro, el alma comprimida  
suspira, y aun anhela en su aflicción llorar;  
mas ¡ay! que del fastidio la ráfaga encendida  
la fuente de su lloro se complació en secar.

Y sólo halla descanso, si acaso delirante,  
ensueños va forjando de celestial placer,  
si como leve sombra recuerda tierna amante  
la imagen seductora de celestial mujer.

Mas ¡ah! ¿Por qué estos sueños mi loca fantasía  
se forja delirante y tras el alma va,  
si luego ha de matarle la realidad sombría  
y tierra en su camino tan sólo habrá de hallar?

¡Dejadme devaneos! ¡Que el alma fatigada  
por descansar suspira; dejadla, por piedad!  
Que hartos mi existencia vejeta ya gastada  
por hechiceros sueños que ahuyenta la verdad.

Recuerdos gloriosos de hazañas belicosas  
que enardecéis aun hora mi mente juvenil,  
imágenes falaces de dichas amorosas  
que sin gozar un punto desvanecidas vi.

¡Dejadme y para siempre! Cual ignorada yerba  
que solitaria crece en inferaz peñón,  
así mi vida pase sin demostrar la acerba  
angustia que me roba la paz del corazón.

Alcalá de Guadaira, 1845.

En la última página del borrador de un drama

Soneto al público

Por el precio de un palco, una butaca,  
o un asiento de humilde galería;  
la veste del pudor la musa mía  
rasga y al aire sus encantos saca.

Insolente ramera hoy ya destaca  
su voz entre tu vana gritería;  
¡ella que cantos de dolor gemía  
sin cuidar de tus bravos la alharaca!

¡Ay, virgen fue! mas hora en su locura  
solicitando impúdica tu halago  
ese engendro te da que triste aborta.

Yo al escribirlo no pensé en tu altura;  
sílbalo sin piedad, poco me importa.  
Será a su torpe vanidad buen pago.

Madrid, junio 1853.

Quejas de una flor

La mosqueta

(A mi querido amigo José Selgas)

I

Un poeta a los flores  
cantar solía;  
una sola entre tantas  
ingrato olvida,  
y la flor esa  
su voz robando al aura  
dijo al poeta:

II

«Cantor de mis hermanas,  
»tú desdeñaste  
»de mis lánguidas hojas  
»el triste mate.  
»Nunca Dios quiera  
»que lo que sufro sufras!  
»¡pobre mosqueta!

III

»¡Ay! del nardo y la rosa  
»me negó el cielo  
»el olor generoso  
»que embriaga el céfiro;  
»que él siente apenas  
»mi delicioso aroma,  
»¡pobre mosqueta!...

IV

»No del clavel el rojo

»color me anima,  
»no del jazmín las puras  
»cándidas tintas;  
»que de mi tallo  
»brotan casi marchitos  
»pétalos pálidos.

V

»Mi cáliz entre espinas  
»muriendo nace,  
»mustio el alba lo mira  
»seco la tarde!  
»Justo es conozca  
»¡ay, por qué me desechas  
»de tu corona!...»

VI

Así la flor decía,  
y al par que hablaba  
sus hojas una a una  
llevaba el aura;  
yo vi en el polvo,  
como una ilusión muerta  
su tallo roto.

VII

¡Ay, cantor de las flores  
no me desdeñes!  
a quien buscó tu canto  
y halló su muerte,  
que también bella  
es aunque mustia y pálida!  
¡pobre mosqueta!

VIII

Bella es también la niña  
de rostro pálido  
que suspira al recuerdo  
del bien pasado;  
y congojosa  
sobre el pecho oprimido  
la frente dobla.

IX

Cántala, pues, poeta;  
quizá tu canto  
a algunos ojos secos



moje con llanto.  
¿Tal vez no ansías  
que al corazón arranquen  
tus flores lágrimas?

27 de Abril de 1853.

Festiva  
A...

Dice un refrán castellano

antiquísimo, «gordura  
dame y te daré hermosura».

Luego es llano  
que hoy el cielo, bella Elisa,  
más te quiere embellecer,  
y pienso hacértelo ver  
aunque te excite la risa.

Bello es el manso arroyuelo  
que salpicando las flores,  
pinta en su cristal, del cielo  
los colores.  
Pero, ¿más no es el torrente  
que por la lluvia engrosado  
va agitando su corriente?

Bello es el tierno capullo  
a quien el aura ligera  
mece con lánguido arrullo  
placentera.  
¿Pero, mas no es la ancha rosa  
reina de las otras flores,  
que dobla la rama hermosa  
que le brinda sus verdores?

También en la noche umbría  
por Dios es bella en el cielo  
alguna estrella que envía  
luz al suelo.  
¿Pero la redonda luna  
quién dirá que no es más bella?  
¿Hay acaso estrella alguna  
que brille cual brilla ella?

Tan cierto es el castellano  
refrán que dice: «gordura  
dame y te daré hermosura!...»

Mas de mano  
doy con mis versos, Elisa,  
pues con la sospecha lidio  
de que te causan fastidio  
en vez de causarte risa.

Sevilla, 1848.

Poesías amorosas  
El libro del amor

A...

Soneto

Como la sombra al cuerpo, el sentimiento  
a perseguir me inclina tu hermosura,  
mas si dicen mis ojos mi ternura  
casto respeto sofocó mi acento.

Con tu imagen querida, en su aislamiento  
forja el alma quimeras de ventura;  
Nunca esa dicha alcanzarás -murmura  
la despiadada voz del pensamiento.

Amarga pena al escucharla abrigo,  
y entonces el corazón, como un tesoro  
acoge ese dolor, y te bendigo.

¡Y sin nada esperar, ciego te adoro!  
¡Ay, si a mi seno del dolor amigo  
volver pudiera al desterrado lloro!

Madrid, Febrero 1854.

A Cristina  
En un álbum

I

¿Por qué no tengo yo para estas hojas  
de ilusión y ventura blancas flores?  
¿Por qué sus cuerdas desmayadas, flojas,  
el arpa enmudeció de los amores?

¿Qué importa que orgulloso alce mi frente  
latiendo el corazón lleno de vida,  
si viejo ya para el placer se siente  
su virgínea ilusión desvanecida?

¡Oh, cuán temprano, lastimado el seno,  
postrose el alma en desigual pelea!  
¡Cuánto de angustia y de fastidio lleno,  
sólo descanso el corazón desea!

Así, ¿cómo podré, mujer divina,  
ensalzar tu virtud y tu hermosura?  
¡Ah, no escuches mis cantos, no, Cristina,  
son cantos de dolor y desventura!

Donde quiera que brindo la mirada,  
busco la dicha y la desgracia siento;  
el eco de mi lira destemplada  
es el ¡ay! funeral del sufrimiento.

Del desamado corazón el duelo,  
el llanto del que gime en la agonía;  
del pensamiento, al remontar su vuelo,  
la duda canto desolada y fría.

Nunca mis ojos en la mar serena  
fijé, mirando en paz su poderío;  
sí los clavé cuando furiosa trueno  
reluchando en el áspero bajío.

Nunca del sol en la inmortal carrera  
vibró en mis manos la cansada lira,  
mas rasgando el relámpago la esfera  
con su sangrienta claridad me inspira.

Veo indiferente los capullos rojos  
que mece de las brisas el aliento,  
y arrancan una lágrima a mis ojos  
las secas hojas que arrebató el viento.

Doquier busco pasión, doquier ansío  
apagar esta sed de sentimiento,

encuentro en el placer hielo y hastío:  
mi corazón nació para el tormento.

Así, ¿cómo podré, mujer divina,  
ensalzar tu virtud y tu hermosura?  
¡Ah, no escuches mis cantos, no, Cristina:  
son cantos de dolor y desventura!

## II

¿Cómo pintar de tus ojos

la tierna melancolía,  
tu boca que causaría  
envidia al rojo coral?  
¿Los rizos de tus cabellos  
como el ébano luciente,  
ni de tu pálida frente  
la inocencia virginal?

¿Cómo pintar de tu alma  
el infantil sentimiento  
que expresa tu blando acento  
con indecible candor?  
¿Ni de tu dulce mirada  
el apacible consuelo,  
ni de ese rostro de cielo  
el angelical rubor?

¡Ay, niña! Si aún no has sentido  
latir inquieto tu seno,  
si un campo de flores lleno  
en la vida puedes ver;  
goza tus sueños de virgen  
embriagada en tu ventura,  
no vayan tu ilusión pura  
mis cantos a deshacer.

Que es hermoso en la existencia  
resbalar, dichas soñando,  
cuando va un ángel guiando  
nuestros pasos hacia Dios.  
¡Cuán feliz es quien la muerte  
halla en tan dulce camino,  
y hasta el alcázar divino  
unidos vuelan los dos!

.....

Mas no; compasiva suerte

a ti tan hermosa y pura,  
un porvenir de ventura  
te brinda en grata ilusión;  
acaso serás dichosa,  
sin que broten con enojos  
una lágrima tus ojos,  
un suspiro el corazón.

¡Ay, plegue al cielo! Mi ruego  
quizá a su región no llega,  
porque dislocada y ciega  
el alma en su frenesí  
lo olvidó; mas si propicio  
mis votos está escuchando,  
ellos suben demandando  
felicidad para ti!

Rosas el pensil te brinde,  
aroma grato el ambiente,  
líquidas perlas la fuente  
la vida entera, placer!  
Y si alguna vez asoma  
a tus párpados el llanto,  
la compasión del quebranto  
te lo arranque de otro ser.

Sevilla, 1849.

Canción

A...

Más que mujer me pareces  
ángel mecido entre nubes,  
niña hermosa, de rubios cabellos  
de ojos azules.

Cuando tus puros encantos  
mi ansiosa vista descubre,  
imagino que aspira mi seno  
celeste perfume.

Mas tal reflejo de dicha  
muere triste, apenas luce,  
como el pálido rayo de Venus  
las sombras confunde.

Que tus ojos y cabellos  
de efímeras horas dulces,  
los dolientes espectros reaniman  
que tristes acuden

al corazón, y en mi labio  
vaga un nombre que interrumpe  
el deber, y sofoca la llama  
que el alma consume.

.....

No coronen tus cabellos  
nunca del dolor las nubes,  
ni con lágrimas miren mis ojos  
tus ojos azules!

Madrid, 1854.

En un baile

¿Por qué extrañar que evite de la danza  
la alegre confusión?  
Entre tantos que buscan su pareja  
la busco en vano yo!  
¿Por que extrañar que vague indiferente,  
mi vista en derredor?  
¡Ay! Mil ojos se fijan en mis ojos,  
pero los suyos no!  
¿Por qué extrañar que ante el bullicio, aislado  
enmudezca mi voz?  
¿Acaso late, cuando late el mío,  
siquiera un corazón?

Madrid, 1857.

Al despertar

let life ont.

Shakespeare, Romeo y Julieta.

I

Dulce brisa aspira el pecho,  
tibia luz mi estancia dora,  
y de nubes sobre un lecho  
se ve a lo lejos la aurora

Theu, wuidon let day in and

amorosa sonreír.

La besa el sol, la enrojece,  
y ella, su azul vestidura  
pudorosa desvanece...  
sus lágrimas de ternura  
miro en las flores lucir!

## II

Roba el aura a las acacias  
y a las lilas sus olores;  
del sauce a las ramas lacias  
los morados aclamores  
sus ramas miro enlazar.

El agua quejas suaves  
forma en las piedras quebrada,  
y ebrias de gozo las aves  
hacen la fresca enramada  
de armonía palpar.

## III

¿Por qué de tanta hermosura  
huyo triste y desdeñoso?  
¿Por qué de la noche obscura  
llamo al hijo misterioso  
que mi lecho abandonó?

Entre sus negros cabellos  
llevó al partir un gemido,  
al herir con sus destellos  
la luz mi rostro dormido  
de mi seno lo arrancó.

## IV

¿Sabes por qué, amada mía,  
en vano a la sombra llamo?  
¡Yo en mis sueños te veía  
y en voz muy baja: te amo,  
murmurar, loco, te oí!

¿Comprendes que con tristeza  
mire la naciente aurora?  
¡Cómo sentir su belleza  
si tú, del alma señora,  
estás tan lejos de mí!

Aranjuez, Abril de 1855.

Tu nombre

I

Cuando al poniente sol en la ribera  
sentado miro las corrientes aguas,  
al murmullo del onda placentera  
tu nombre pienso oír!

Cuando agitadas por el manso viento  
susurran de los árboles las ramas,  
pienso que escucho misterioso acento  
tu nombre repetir.

II

Una voz melancólica lo exhala  
que el aire apenas rápida conmueve  
más tenue que el rumor que forma el ala  
del pájaro al volar:

No lo siente el oído, pero suena  
cual eco de dolor dentro del alma,  
que por alivio a su pesar y pena  
anhela suspirar!

III

Si cuando yace en el descanso el hombre  
inspiración demandando a las tinieblas,  
las brisas de la noche traen tu nombre  
por darme inspiración.

Más pronto nuestro amor y desventura  
hacen callar la lira del poeta,  
y lágrimas derrama de amargura  
mi herido corazón!

IV

En el templo también, bajo las naves  
que la oración armónica repiten,  
mezclado al eco de los cantos graves  
lo escucha mi dolor.

Cual virginal plegaria que se eleva  
de tu alma castísima, inocente,  
y que el incienso entre sus nubes lleva  
al trono del Señor!

V

Dondequiera tu nombre, ¡triste amante!  
ya desvanece mi mortal hastío,



ya me hace acaso blasfemar impío  
con ciego frenesí!

O ya dulce disipa mis enojos  
consolador trayendo a mi memoria  
una lágrima pura de tus ojos  
derramada por mí!

Sevilla, 1849.

Recuerdo

No brillaba la luna; sacudidas  
por el viento las hojas se quejaban,  
chispas de luz vertían las estrellas  
en las trémulas aguas.

A su inseguro resplandor veía  
rodar por sus mejillas una lágrima,  
y temblorosa, entre sus manos yertas,  
mis manos estrechaba!

Mas de repente de sus negros ojos  
el vivo rayo penetró en mi alma,  
y soltando mi mano, de las mías  
separó sus miradas!

Su altiva frente levantó serena;  
en sus labios vagó sonrisa amarga...  
y pálidos los dos y silenciosos  
cruzamos la enramada!

Dime

Dime: ¿cuál melancólico lucero,  
brillando sólo al despuntar el alba,  
vierte una luz como la luz suave  
de tu mirada?

Dime: ¿qué clara gota de rocío,  
pudo igualar sobre azucena blanca,  
a una gota de llanto resbalando  
por tu mejilla pálida?

Dime: ¿habrá una sonrisa que prometa

de virtud y ventura la esperanza,  
que consiga imitar el dulce encanto  
de tu sonrisa casta?

Dime: ¿habrá una mujer que cual tú inspire  
amor tan puro, adoración tan santa?  
Dime: ¿habrá sierpe que tan negra tenga  
como tú el alma?

Madrid, 1859.

Al Guadalquivir  
Soneto

Quizás mis ojos por la vez postrera  
clavo, Guadalquivir, en tu corriente,  
la luna contemplando tristemente  
que en tus aguas sus rayos reverbera.

Lleve mis pasos do la suerte quiera,  
tu imagen siempre al corazón presente;  
los años ¡ay! renovará la mente  
que sentí resbalar en tu ribera!

Amargue las espumas de tu orilla  
esta lágrima. ¡Adiós! hondo gemido  
el pecho exhala, que de ti me alejo!

Cuando beses los muros de Sevilla,  
murmura con dolor que nunca olvido  
que allí del alma la esperanza dejo.

Puente de Andújar, 6 de Enero de 1852.

Acuérdate de mí

I

La noche está sombría;  
la calle está desierta;  
al estrechar la mía  
tu mano siento yerta  
llamándome hacia ti.  
¡Adiós!-En tu ventana  
su luz el alba vierte:

cuando, al nacer mañana,  
su rayo te despierte,  
¡acuérdate de mí!

## II

No más con alegría  
te oiré decir: ¡te amo!  
No más a la voz mía,  
cual pájaro al reclamo,  
vendrás... ¡ya te perdí!  
Si al descender la sombra  
tu pecho da latidos,  
y piensas que te nombra  
la brisa en sus gemidos,  
¡acuérdate de mí!

## III

¡Por siempre adiós! Me aleja  
mi despiadada suerte:  
no exhalo ni una queja...  
¡y no volveré a verte!...  
¡mi alma queda aquí!  
Si acaso en tu aislamiento  
tu seno se estremece,  
y amargo sentimiento  
tus ojos humedece,  
¡acuérdate de mí!

A...

J'avais quitte la proie pour l'ombre.

Gerard de Nerval. -Petits chateaux de Boheme.

«¡Como yo has de llorar!» tú me decías,  
anegados en lágrimas tus ojos:  
«¡Como yo has de llorar! y tal vez ella  
»se burle de tu lloro!»

«Por escuchar palabras cual las tuyas,  
»que forman el dogal con que me ahogo,  
»acaso pronto tu tenaz orgullo  
»se arrastre por el polvo!»

«¡Niéguete el cielo hasta el crüel remedio  
»del duro desengaño que devoro!  
»¡Permita Dios que tus angustias pague  
»silencio desdeñoso!»

Yo, cual de piedra, helado te escuchaba,  
de tu mirada separando el rostro:  
Sentí apenas que, al irte, murmuraste  
«¡Adiós!» en un sollozo.

¡Ah, si me vieses hoy!... ¡También lloraras;  
pero fuera de lástima tu lloro!  
¡Ah, si me vieses hoy!... ¡Quizá tu labio  
dijera «te perdono!»

Ensueño

No sé decir por qué... ¡Ya tanto hacía  
que no pensaba en ti, sino despierto!...  
No sé decir por qué, la última noche  
te vi entre sueños!

Tan hermosa a mis ojos como siempre;  
tan pura y dulce como en otro tiempo;  
pero estabas tan pálida, tan triste,  
que al recordarlo tiemblo!

Todo un mundo de amor y de pesares  
nuestras mutuas miradas se dijeron;  
mas ni siquiera nuestros nombres, nada  
murmuró el eco!

Inmóviles los dos y silenciosos,  
apoyada la mano sobre el seno  
sonreímos... ¡Yo estaba al despertarme  
en lágrimas deshecho!

¿Por qué?

Dime: ¿por qué cuando de mí te alejas  
te sigue el alma mía,  
y con el eco de tu adiós me dejas  
consuelo y alegría?

Dime: ¿por qué si a las estrellas miro  
que son tus ojos creo?  
¿Por qué en el aire escucho tu suspiro,  
y en las sombras te veo?

Dime: ¿por qué mi solitaria estancia  
tu imagen embellece,  
cual perfuma del lirio la fragancia  
el aire en que se mece?

¿Por qué de tu sonrisa y de tu acento  
el recuerdo querido  
vuelve a agitar con puro sentimiento  
mi corazón dormido?

¿Por qué apaga memorias de horas muertas,  
de enojos y de llanto?  
Dime, amor mío, si a decirlo aciertas,  
¿por qué te quiero tanto?

Despierta

Despierta, amada mía: la mañana  
hasta tu lecho tímida penetra  
y te llama con trémulos gorjeos  
el ave prisionera.

Aura feliz acarició tu frente,  
besa tu boca y perfumada vuela,  
y la naciente luz alegre brilla  
en tus hermosas trenzas.

Aura, pájaro y luz por ver suspiran  
tus bellos ojos, tu sonrisa tierna,  
y en tu dormido corazón murmura  
mi amor, «¡bendita seas!»

Serenata

I

La luna adorna el cielo  
con transparente velo,  
y brillan las estrellas  
cual lágrimas de amor.  
¿Reposas ya dormida,  
encanto de mi vida,  
o en tus miradas bellas  
reflejan su fulgor?

II

Si aún sientes su rayo  
y, en lánguido desmayo,  
tu seno da un suspiro,  
acuérdate de mí;  
y díganles tus ojos  
tus dichas, tus enojos:  
que yo también las miro  
pensando sólo en ti.

### III

Mas si tranquilamente  
se dobla ya tu frente,  
y no turba tu calma  
ni el más leve rumor,  
¿seré tan venturoso  
que, en sueño misterioso,  
me veas con tu alma,  
me hables de tu amor?

### Vigilia

El querer que puse en ti

tan firme y tan verdadero,  
si lo hubiera puesto en Dios  
ya hubiera ganado el cielo.

(Canción popular).

¿Por qué cuando activa fiebre  
mi frente abatida quema,  
dejo mi lecho, y sentada  
la angustia a su cabecera?

¿Por qué solo y lentamente  
cruzo las calles desiertas  
cuando, del sueño en los brazos,  
todos aduermen sus penas?

¿Por qué cuando el sol brillante  
los corazones alegra,  
veo pálidos sus rayos,  
y siento su lumbre yerta?

¿Por qué miro indiferente  
la más preciada belleza?  
¿Por qué el acento más dulce  
en mi alma no penetra?

¿Por qué tiemblo si la mía  
con su mirada se encuentra?  
¿Por qué, cuando no, parece  
que el corazón me atraviesan?

¿Por qué a solas, en mi estancia,  
mis ojos creyendo verla,  
frases llorando le dicen  
que el labio a decir no acierta?

¿Por qué si por ella sufro,  
por qué si muero por ella,  
sólo para bendecirla  
sabe nombrarla mi lengua?

Desvarío

Verte imagina el alma enamorada  
por el sueño vencida, tu cabello  
inundando la cándida almohada:

La paz, señora de tu rostro bello:  
bajo el celoso párpado, escondido,  
de tu mirada el mágico destello:

Blandamente tu pecho conmovido,  
y en la sonrisa de tu pura boca  
expirando suavísimo gemido.

Y al verte, el alma se imagina loca  
que se acerca a tu casta cabecera  
y trémula de amor, tu frente toca.

«Duerme, te dice, de mi edad primera  
»renovada ilusión: duerme ¡bien mío!  
»¡quién darte dicha como amor pudiera!»

Recuerdo

I

Triste es, muy triste, con incierta planta  
encaminarse hacia el sepulcro helado  
que guarda un ser querido;  
y allí, animando su memoria santa,  
llorar a solas por el bien perdido!

## II

Pero es más triste en la escondida huesa  
del corazón clavar honda mirada  
y ver, con sangre impresa,  
la cifra de una imagen adorada,  
de los estragos del olvido ilesa!

## III

¡Ay! que el dolor que al recordarte siento,  
ángel puro, ¡jamás sienta tu alma!  
¡Al cielo, en mi tormento,  
pido que aparte, por tu bien y calma,  
mi imagen de tu casto pensamiento!

## El amanecer

Fresco suave acarició mi frente,  
inunda el aire claridad dudosa,  
que con reflejos pálidos disipa  
lentamente las sombras.

Su casta luz las tímidas estrellas  
van ocultando al sonreír la aurora,  
como vela su púdica mirada  
la virgen ruborosa.

Una brilla no más, una: parece  
lágrima tierna que la noche llora  
cuando, cogiendo su enlutado manto,  
los cielos abandona.

¿Que me dice su luz? ¿Por qué despierta  
penetrando en mi ser santas memorias,  
que de pena y rubor a un tiempo oprimen  
el alma temerosa?

¿Por qué imagino su argentado rayo  
ver chispeando en las azules ondas  
que enrojecen allá en el horizonte  
los besos de la aurora?

¿Por qué imagino que su luz suave  
miro brillar en vacilantes gotas  
que, como llanto de placer, salpican  
las flores aromosas?



¡Ay, no! Ya no, tras reposado sueño,  
nuevo vigor de mi existencia brota  
cuando en los brazos del amante día  
la tierra se abandona!

Brillando, triste, en las desiertas calles  
su naciente fulgor contemplo ahora,  
mientras camina al olvidado lecho  
mi planta perezosa.

Flores no ven mis fatigados ojos,  
no percibo las aves armoniosas,  
que, inmóviles, los altos edificios,  
hasta el cielo me roban!

Y el alma esclava del cansado cuerpo,  
viendo delante soledad odiosa,  
arrastra el peso del mortal disgusto  
de las pasadas horas!

¡Ay! ¿dónde está la luz que de esta noche  
logre benigna disipar las sombras?  
¿Dónde la voz a cuyo puro acento  
mi corazón responda?

¿Cuándo será que a interrumpir mi sueño  
venga el rayo primero de la aurora,  
¡ignorada mitad del alma mía!  
un beso de tu boca?

A mi mujer

¿Dónde estás? ¿Cómo eres tú?

Ceñida de trenzas rubias  
¿inclina tu blanca frente  
melancólica ternura?

¿O quizá son tus cabellos,  
tan negros como la angustia  
que siento lejos de ti,  
llamándote en quejas mudas?

¿Como los cielos azules,  
tus ojos la calma anuncian,  
o del color de los celos

pasión inquieta y profunda?

Sólo sé que eres hermosa;  
pero con una hermosura  
tan santa que los deseos  
su limpieza no deslustran.

Sólo sé que tu mirada  
rayo será de luz pura  
que en albas de paz convierta  
noches de agravios y dudas.

Sé que al oírte, de hinojos  
caerá mi soberbia dura,  
y en ti, castigo y consuelo  
el alma verá confusa:

Sé que tu sonrisa hará  
brotar la casta ternura  
que para ti sola, sola,  
en mi corazón se oculta:

Sé que viviendo en mi alma  
y viviendo yo en la tuya,  
sabrás hacer, amor mío,  
de nuestras dos almas una:

Sé también que sin los dos  
para los dos no hay ventura:  
¡y te busco tanto, tanto!  
¿por qué no te encuentro nunca!

La flor seca

Adorno de la túnica del prado  
fueron ayer tus azuladas hojas,  
te mecieron los besos de las auras,  
lloró en tu cáliz de placer la aurora!

Rayo fecundo de la luz del cielo  
acarició tu púdica corola  
y, al süave calor estremecida,  
bañó tu seno generoso aroma.

¡Hoy en ligera tumba sepultadas  
yacen secas y pálidas tus hojas!

¿Por qué del tallo te arrancó una mano  
cruel contigo, para mí piadosa?

¡Cruel! ¡Ah, no! Si me guardó en su seno,  
si mi olor aspiró su dulce boca,  
si ella misma formó mi sepultura,  
¿qué flor ha sido como yo dichosa?

Traducción improvisada de una poesía de Mr. Alfred de Musset, al Young-Frau  
Young-Frau, el caminante que en tu invisible frente

la planta vencedora pudiera detener,  
latir con noble orgullo su corazón valiente  
sintiera estremecido de celestial placer.  
Que semejante al águila que, desdeñando al suelo,  
agita el ala rápida, tus cimas al tocar,  
desde tu eterna nieve bajo el azul del cielo  
su alma en los espacios pudiera resbalar.

Un corazón, Young-Frau, mi corazón ha herido,  
que como tú se oculta ¡sois vírgenes los dos!  
Como tú de una ropa sin mancha revestido  
que más que tú, del cielo, está cerca de Dios.  
¿Qué mucho, pues, que calle mi amante pesadumbre  
sin procurar consuelo a su angustioso mal?  
¡De la región que habita en la sagrada cumbre,  
no pueden señalarse las huellas de un mortal!

Madrid, 1854.

Canción

No more no more ¡oh never more on

me  
the freshness of the heart can fall...

Biron.-D. Juan.-Canto I.

I

Pálida niña de garzos ojos,  
si mi mirada se fija en ti,  
¿por qué la tuya revela enojos?  
¿temes, preciada flor entre abrojos,  
que yo te adore con frenesí?

Que con amante queja importuna  
quiera enfadoso tu paz turbar;  
que, maldiciendo de mi fortuna,

a la suave luz de la luna  
bajo tus rejas llegue a cantar?

## II

¡Ay, niña hermosa! ¡Pluguiera al cielo  
que, aun desdeñando tú mi clamor,  
el amoroso perdido anhelo  
por ti sintiera, con su desvelo,  
sus esperanzas y su temor!

Que con la copa de la amargura  
mi helado seno pudiese arder;  
que suspirando por tu hermosura,  
lograse el llanto de la ternura  
mi seco párpado humedecer!

## III

¡Delirio vano! ¿lozanas flores  
cómo entre arenas podrán brotar?  
¡Árbol desnudo de tus verdores  
nunca en tus ramas los ruiseñores  
verás, temblando de amor, cantar!

¡Triste del alma que en hora aciaga  
de locas dudas probó la hiel!  
de la esperanza la luz apaga;  
la dicha, en vano, buscando vaga,  
¡tumba consigo le dio cruel!

## IV

¡Oh! nada temas. Aunque pudiera  
nuevos dolores y afán sentir,  
aunque en tus ojos ¡dulce quimera!  
casta esperanza de amor leyera  
que haría mi muerto pecho latir.

Siempre pendiente de tu mirada  
su osado anhelo sabría callar  
mi alma indigna de ser amada:  
hasta la tuya de un Dios morada  
nunca atrevida podrá volar.

Madrid, Mayo, 1853.

A...

Si al contemplar de vuestra ebúrnea frente  
ese casto rubor que me enamora,  
la voz expira de temor, señora,

en el trémulo labio balbuciente;

Si cuando el aire que os circunda siente,  
estremecido, el seno que os adora,  
gime en secreto y en secreto llora  
¡llanto que abrasa el corazón doliente!

Si muriendo, en estéril agonía,  
mi paz, mi dicha, del amor despojos,  
en el silencio ahogo mi martirio;

¡Oh! Dadme por piedad, señora mía,  
una mirada, y os dirán mis ojos  
de mi pasión el celestial delirio!

Sevilla, 1845.

Soneto

¿Te acuerdas, di, cuando al tocar mi mano,  
radiante tu mirada, estremecido  
tu seno de placer, daba un gemido,  
verme temiendo de tu amor lejano?

¿Te acuerdas que en combate sobrehumano,  
por tu pena mi amor enaltecido,  
en mis brazos llorando, tu encendido  
labio los míos abrasaba en vano?

Ciñó tu frente de virtud la palma,  
mas ¿qué fue nuestro amor? Inerte, fría,  
hoy te contempla, aunque te admire, el alma.

Ayer besos y lágrimas había,  
hoy desamor, indiferencia, calma.  
¡Quién ni en sus propios sentimientos fía!

1851.

Un guardapelo

¡Oh, tú tocaste su virgíneo pecho!  
¡Tú coronaste su cabeza un día!...  
¡Comprimiendo latidos de agonía  
a mi apenado corazón te estrecho!

Trocada viendo en funerario helecho  
la blanca flor de la esperanza mía,  
¡recuerdo de mis horas de alegría  
cuál te idolatro en lágrimas deshecho!

Casto beso te imprima el labio ardiente  
y en ti beba las gotas de su llanto,  
bálsamo celestial a mi amargura.

¡Queda divino don siempre pendiente  
de mi pecho, morada del quebranto,  
de un amor infelice sepultura!

Madrid,1852.

Soneto

Conmigo estás, aunque sin ti me veo;  
aunque lejos de ti, por ti respiro;  
pienso que el ámbar de tu aliento aspiro  
y oír tu voz enamorada creo.

Ver tu alma imagina mi deseo  
en tu dulce mirada, en que me miro;  
y ofrece a mi pasión, blando suspiro,  
tu corazón hermoso por trofeo.

Y de tu mano la opresión querida  
juzgo sentir, en mi feliz locura,  
y te bendice el alma agradecida.

¡Cuánta fuera a tu lado mi ventura,  
si pueden tanto embellecer mi vida  
recuerdos de tu amor y tu hermosura!

Cantares

I

Yo soy uno, tú eres una:  
una y uno que son dos;  
dos que debieron ser uno;  
pero no lo quiso Dios.

II

Yo no sé por qué la luna  
aquel día me recuerda,  
en que me dijiste «adiós»,  
con la cara de una muerta.

### III

La mano que me apretaste,  
siempre y en toda ocasión,  
sin saber lo que me hago  
me la llevo al corazón.

### IV

No me digas que te olvide,  
que me lo dices llorando:  
toma tú misma el consejo  
y podrás venir a darlo.

### V

¡Ay! cuando el pito sonó  
me arrancaron las entrañas:  
cuando te perdí de vista  
me quedé como sin alma.

### VI

En la pila de la fuente  
caen golpeando las gotas:  
¡qué callandito que caen  
las que la cara me mojan!

### VII

¡Siempre estoy lejos de ti!  
¡Sabe Dios cómo estarás!  
Sé que vives, amor mío,  
porque yo vivo no más.

### VIII

No tengas miedo ninguno  
que a veces, por tu respeto,  
los ojos me arrancaría  
porque dicen que te quiero.

### IX

Dicen algunos que el tiempo  
acaba con el amor:  
dime tú, los que eso dicen,  
¿nos conocen a los dos?

X

¡Ay! ¡quién, serrana, tuviera  
por almohada tu pecho,  
para saber lo que pasa  
en tu corazón durmiendo!

XI

Si pienso que no me quieres  
me da una cosa en el alma,  
que si me viera mi madre  
de seguro que lloraba.

XII

¿Qué será que no me importa  
lo que ninguna me dice,  
y tú con sólo mirarme  
me pones alegre o triste?

XIII

Yo no sé lo que sentía  
cuando te vi llorar tanto,  
sólo te puedo decir  
que lloro yo al recordarlo.

XIV

Cuando te dejo en tu puerta  
entramos juntos los dos;  
di si te vienes conmigo  
cuando yo te digo adiós.

XV

Los celos que me da el tiempo  
que he vivido sin quererte  
tú también debes sentirlos  
si es verdad que tú me quieres.

XVI

¡Vaya un hoyito, morena,  
que Dios te puso en la cara,  
al primer paso que dio  
en él se enterró mi alma!

Soneto

Fácil, ligero lazo el amor mío  
creyó formar en su ilusión querida,



que hiciera de dos vidas una vida,  
uniendo con el tuyo mi albedrío.

Hoy, deshecho tan dulce desvarío,  
de tus gustos juzgándome homicida,  
¡que es su lazo cadena aborrecida  
teme mi amor con desaliento frío!

Si es verdad, no perdone tu ternura  
a quien, libre y feliz queriendo hacerte,  
esclaviza tu alma y tu hermosura.

Aunque todo lo pierdo con perderte,  
en ello cifraré yo mi ventura  
si así consigo venturosa verte.

#### Soneto

¿Por qué, menguado corazón, suspende  
opresión dolorosa tu latido?  
¿Por qué moja mi párpado abatido  
lágrima torpe que mi orgullo ofende?

¡Mal la nobleza de tu ser entiende  
quien dos veces, esclavo envilecido,  
el alma que de Dios ha recibido  
de una mirada engañadora prende!

Acabe ¡y para siempre! el ansia fiera,  
por la que presa fuiste en otros días  
de inciertas dichas y pesares vanos;

Que si aún capaz de conmoverte fuera,  
del pecho, a quien infame afrentarías,  
sabré arrancarte con mis propias manos.

#### La boda

(Traducción de la poesía de Enrique Heine, del mismo título.)

¿Qué es lo que agita mi sangre?  
¿qué es lo que enciende este ardor  
furioso en el pecho mío?  
¡Mi sangre hierve, y feroz  
mi sien golpea; devora

la rabia mi corazón!

Mi sangre hierve, porque  
un sueño tuve... ¡qué horror!  
de la noche el hijo aciago  
en sus brazos me llevó...  
¡En sus brazos, jadeante,  
prensándome el corazón!

Me llevó a una casa. En ella  
de la música el rumor  
zumbaba, y de mil antorchas  
la luz brillaba. Oprimió  
mi pecho al entrar el gozo  
que miré en mi alrededor.

Llegué a la sala: en la mesa  
miré la alegre reunión  
de convidados; la novia  
buscaron mis ojos... ¡Oh,  
desgraciado! ¡Era mi amante,  
el bien de mi corazón!

¡Era ella! Blancas flores  
ceñían su frente: el rubor  
coloraba sus mejillas!...  
En pie, detrás del sillón  
que ocupaba, quedé fijo.  
Su esposo me pareció  
un extranjero: otra vez  
volvió el alegre rumor  
de la música, y la sangre  
se agolpó a mi corazón.

Yo estaba tranquilo; pero  
la alegría un peso atroz  
echaba sobre mi alma.  
Miré a la novia, el fulgor  
de la dicha vi en sus ojos,  
y él la mano le estrechó.

El desposado una copa  
llenaba; el vino tocó  
con sus labios, y, risueño,  
lo pasa luego a su amor...  
¡El vino es rojo! ¡es mi sangre!  
¡Y ella la copa apuró!!

Sonriendo, una manzana  
la desposada ofreció  
al desposado. ¡Él le clava  
un cuchillo! ¡Qué dolor  
sentí! ¡ay! ¡que aquel cuchillo  
traspasó mi corazón!

¡Con ojos lánguidos, dulces,  
se miraban, y el temor  
venciendo ella al fin, le abraza  
y besa su cara!... ¡Ay, Dios!  
¡La fría muerte a mí entonces  
también un beso me dio!

¡Entorpecida mi lengua  
como una masa quedó  
de plomo en mi boca...! Vuelve  
de la música el rumor,  
comienza el baile, y alegre  
a él la pareja corrió.

¡Y mientras que inmóvil, mudo,  
yo estaba allí, en mi redor  
valsando, se atropellaban  
riendo! Al oído habló  
de la desposada el novio:  
vi las rosas del pudor  
en su frente; pero enojo  
su cara no reveló.

Furtivamente la turba  
evitan, y del salón  
los vi huir. Seguirlos quise...  
¡mi deseo me engañó!  
¡Eran de mármol mis pies!  
¡Me hizo de piedra el dolor!

Sí, el dolor me hizo de piedra;  
mas, sangriento el corazón,  
hasta alcoba nupcial  
me arrastré, y allí... ¡qué horror!  
¡acurrucadas dos viejas  
miré sobre su escalón!

Las conocí. Eran la muerte  
y la locura. Las dos

sobre sus bocas sin labios  
posaban ¡me heló el terror!  
sus dedos sin carne. Ahogado  
prorrumpí en un estertor  
agonioso... ¡lloré mucho;  
reíme al fin! Y la atroz  
carcajada, destrozando  
mi pecho, me despertó!

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

